

ASQUERINO, EDUARDO (1826-1881)

*HORAS PERDIDAS:*

(Leyenda en verso y en variedad de metros)

ÍNDICE

I

En una selva umbría

II

¡Horrible noche! Los vientos

III

Caminando siguió; después rendido

IV

«¡Arre burro!... ¡que te eztreyas

V

¿Quién es aquel que por los campos corre

VI Ved la densa neblina

VII «¿Están los espías? Sí

VIII Aún gozaba David en su contento

IX Pasó un día, y otro día

X

«¿A dónde llevas corazón herido

XI

Llora Isabel sus amores

XII

«Adiós ligera nave

XIII

«¡Quiero saber! ¡Mientras vegeta el mundo

XIV

«¡No puedo más! ¡detén, detén tu vuelo

XV

«¡Adiós! ¡Por siempre adiós, mundo maldito!

XVI

Blanca paloma

XVII

¿Qué melancólico son

XVIII

«¡Tierra de maldición! abre un camino

XIX

De una selva en la espesura

XX

¡Horas perdidas! ¡Os pasé gimiendo!

I

En una selva umbría,  
a donde llega perezosamente  
la luz del claro día  
y de la clara fuente,  
no más que el blando susurrar se oía;

en medio la espesura  
de árboles mil, que en dulce maridaje  
enlazan su verdura  
hurtando su ramaje  
del sol los rayos al la fuente pura,

hay una pobre casa,  
pobre no más en mundanal orgullo,  
a cuya sombra escasa  
se oye sólo el arrullo  
de alguna alondra que gimiendo pasa.

Y en paz no interrumpida  
ocupan ese albergue delicioso  
que al retiro convida,  
un hijo cariñoso  
y la mujer a quien debió su vida.

Y entre las gayas flores  
que ornan el valle cuando abril empieza  
ostenta sus primores.  
La flor de una belleza  
blanca aurora de cándidos amores.

¡Flor hermosa y lozana  
donde alientan los céfiros sutiles,  
azucena temprana!  
¡Niña de quince abriles,  
pura como la luz de la mañana!

Ambos viven dichosos,  
que aún no cruzaron de la triste vida,  
los mares procelosos  
y en ventura cumplida  
vivieron ni envidiados ni envidiosos.

Casi juntos nacieron,  
y con el mismo amor siempre se amaron,  
¡siempre unidos gimieron!  
¡Juntos siempre cantaron!  
¡Tórtolas dulces de la selva fueron!

Ella Isabel se llama  
y a él le pusieron de David el nombre;  
el mismo ardor inflama  
el corazón del hombre  
que el pecho amante de la tierna dama.

Sola y pobre en la tierra,  
a la infelice huérfana trajeron  
de una cercana sierra,  
y el uno al otro fueron  
único bien de cuanto el mundo encierra.

¡Cuántas horas la fuente  
retrató sus miradas seductoras!  
Que al pasar dulcemente

tan apacibles horas  
¡breves minutos las creyó su mente!

Cuántas veces la dijo:  
«Blanca paloma, de mi vida aliento,  
y luz por quien me rijo,  
tu amor es mi contento,  
y en el mar de mis glorias norte fijo!»

Pero, ¡ay! que todo pasa,  
y hasta del bien nos fastidiamos luego.  
¡Si el amor nos abrasa  
con devorante fuego;  
también el tiempo sus hogueras tasa!

David enamorado  
con Isabel en dulce desvarío  
vagaba por el prado,  
y hoy va solo, sombrío,  
¡y en hondos pensamientos abismado!

Todo le causa enojos,  
del valle ameno las pintadas flores,  
del monte los abrojos,  
de Isabel los favores  
¡y hasta la luz de sus divinos ojos!

¡De aquel semblante bello  
amó las rosas, encendidos labios  
y ojos, del sol destello!  
¡Y hoy le causan agravios  
ojos, mejillas, labios y cabello!

A su mal nunca ajenas  
Isabel y su madre doloridas  
reparan en sus penas,  
¡y por él afligidas  
lloran las dos de pesadumbre llenas!

Mas ninguna se atreve  
a preguntar lo que alteró su calma,  
aunque un dolor las mueve  
¡que si a una debe el alma  
a la otra el alma y existencia debe!

Y es que en un viejo estante

algunos libros encontró el mancebo  
que desde el mismo instante  
en aquel mundo nuevo  
la vista ceba ansioso y anhelante.

De espíritu elevado  
lo que a gusto leyó fácil comprende;  
de un pensamiento aislado  
un millar se desprende  
que al fin despierta el corazón osado.

Y cuando está leyendo  
dice Isabel sin que a su voz se alarme,  
¡de amor estoy muriendo,  
y el modo de olvidarme  
en los libros, cruel, vas aprendiendo!

Leyó historias y cuentos  
que después repasó con ansia loca  
y ya en sus pensamientos  
afanoso provoca  
planes sin fin que ayuden sus intentos.

¡Ya al monte se encumbraba,  
ya los vecinos campos recorría,  
y al volver sollozaba,  
que cuanto más veía  
más de su pena el círculo ensanchaba!

La causa verdadera  
de tan hondo dolor le preguntaron,  
y de su pena fiera  
el motivo escucharon  
lamentándose al fin de esta manera:

«¡Madre de mi querer! ¡Dentro del pecho  
siento abrasar la devorante llama,  
a cuya luz en llanto voy desecho  
y a cuyo fuego el corazón se inflama!  
¡A su fulgor me lanzo satisfecho  
sus luces en mi espíritu derrama,  
y hora vago al ardor de tanto fuego  
con él y mi pesar dos veces ciego!

Sueños serán del pensamiento loco;  
mas si otro mundo el pensamiento crea

dejad que tenga mi ventura en poco  
y dejad madre mía que le vea.  
Vivo deseo que jamás sofoco,  
encendida ambición a cuya idea  
mido el confín del piélago profundo  
y el eje colosal del ancho mundo!

¡Quiero ver otra luz! Tierras lejanas,  
campos sin fin a mi ambicioso anhelo.  
¡Quiero ver otras flores más lozanas  
y las estrellas de distinto cielo!  
Ver del mundo las pompas soberanas,  
respirar el ambiente de otro suelo,  
y sepultando en ellas mis pesares,  
surcar las olas de los anchos mares!

Yo no tengo un instante de solaz,  
quiero volar en alas del placer,  
y alentando mi pecho en dulce paz  
los límites del orbe recorrer:  
a mi loca ambición giro fugaz  
y os deja en estos valles su querer  
al deciros quizá: ¡por siempre adiós!  
¡El alma dividida entre las dos!

¡Pobre Isabel! Medio muerta  
sólo a suspirar acierta;  
mientras la madre afligida  
sollozando su partida  
le dijo con voz incierta:

Ves a vengar los enojos  
que te robaron la calma,  
y nos dejan por despojos  
dolor amargo en el alma  
y acervo llanto a los ojos.

¡Mi corazón afligido  
lamentará tus pesares,  
que aunque todo lo he perdido  
aún me queda su latido  
para arrullar mis cantares!

¡Lloras! ¡Mañana tal vez  
de tus lágrimas te rías!  
¡Pues alientan a la vez

del corazón al doblez  
pesadumbres y alegrías!

¡Tras ilusiones corriendo,  
al irte desengañando  
del mundo en que estás viviendo,  
lo que en él vas aprendiendo  
después irás enseñando!

¡Vuela en alas de ese ardor  
que tristemente deploro!  
¡Y no gimo tu rigor...  
adivino tu dolor  
y de antemano le lloro!

En tu mal mi llanto fundo  
que has de sentir el estrago  
de un desengaño profundo;  
¡¡anda, vete por el mundo  
que el mundo te dará el pago!!

## II

¡Horrible noche! Los vientos  
por el ancho espacio zumban,  
y las apiñadas nubes  
arremolinan y empujan;  
no se distingue una estrella  
entre las sombras confusas,  
y únicamente iluminan  
las densas nieblas oscuras  
exhalaciones fugaces  
que el negro horizonte cruzan.  
Los preñados nubarrones  
lanzando sus aguas turbias  
en desecho remolino  
sierras y valles inundan.  
¡Triste David! que girando  
vaga sin luz y sin ruta  
vil juguete a los rigores  
de la tempestad sañuda.

Salió al despuntar el alba  
caminando a la ventura,

que aunque tras ella camine  
bien desdichada es la suya,  
y se lo revelan harto  
y con sobrada amargura  
las lágrimas de los ojos,  
del corazón las angustias.

Salió; y a pocos instantes  
el sol sus rayos oculta  
entre mil nubes sombrías  
que la tempestad conjuran  
pasa la noche corriendo  
tras una luz insegura  
cuyos pálidos reflejos  
siempre lejanos fulguran.

¡Ay! ¡Lo mismo de la vida  
allá en la noche confusa  
tras la luz de una esperanza  
corremos hasta la tumba!  
El Dios de los desvalidos  
no niega su amparo nunca,  
y al fin tropezó el mancebo  
con una cabaña inculta:  
llamó a su puerta, y un viejo

le ofreció amparo y ayuda.

Al ofrecerle el anciano  
alivio a su desventura  
parece que el alto cielo  
le dice en su voz oculta:  
que en la borrasca desecha  
que a la vida nos empuja  
bogando tras ilusiones  
y sin alcanzar ninguna,  
al cabo el norte nos fija  
la vejez cansada y mustia  
que mira tranquilamente  
como a los otros impulsan  
al puerto del desengaño  
las olas de la amargura.

«¿Dónde vais, pobre mancebo,  
el anciano le pregunta,  
atravesando esos campos



con una noche tan cruda?»  
¡Otra tempestad más grande  
a mi corazón abrume!

¿Dónde venís? Del desierto.  
¿Sois peregrino? Sin duda.  
¿Cómo vinisteis? No sé.  
¿Dónde vais? Tras la fortuna.  
¡Y a qué correr tras la rueda  
que por el mundo circula,  
y no alcanza quien la sigue  
y encuentra quien no la busca!

Pero con qué fin... Buen viejo  
seré lacónico, escucha:  
yo he nacido en una aldea,  
y allí encontrara mi tumba  
a no despertar los libros  
mil deseos que me abruman;  
dejé con mi amor primero  
mi madre de edad madura,  
y me lanzo a ver el mundo  
que esos libros me dibujan

Por ese mundo a que corres  
esa verdad no descubras.  
¡Que te llamarán mal hijo  
y es la peor de las culpas!  
¿Y he de mentir?... Nada cuesta,  
que allí la verdad es muda.  
Infeliz del que ignorante  
su pensar no disimula!  
¡Triste cosa! ¡Apenas salgo  
de ese mundo a la llanura,  
a su dintel me aconsejan  
que la verdad lleve oculta!

Yo soy un pobre labriego  
que al vecino campo cuida;  
si ningún placer liviano  
a mis sentidos ofusca,  
tampoco pesar ninguno  
la paz de mi vida turba,  
poco que ofreceros tengo  
y mi voluntad es mucha;  
pero si os quedáis conmigo

a surcar estas llanuras,  
fiel hermano, dulce padre  
os amaré con ternura.

Acceded por vuestra dicha  
de mi cariño a las súplicas,  
y no perdáis vuestros años  
por esas montañas rudas.  
Quédate, pobre labriego  
cavando tu sepultura,  
y lo que tu frente riegue  
con mano cansada surca,  
que más altos pensamientos  
en mi corazón fecundan;  
vegeta cuidando el polvo  
que ayer te sirvió de cuna,  
grano invisible en la arena  
que al mísero ser te anuda;  
sobre las nubes altivas  
¡sólo el águila se encumbra!

Y adiós: que ya el sol naciente  
iluminó las alturas,  
y rasgando de la aurora  
los cortinajes de púrpura,  
con sus radiantes destellos  
montes y valles se inundan.  
El Cielo mi bien te pague.  
El Cielo te dé su ayuda

### III

Caminando siguió; después rendido  
a la sombra de un álamo frondoso  
en dulce calma se quedó dormido,  
alimento al espíritu angustioso.  
A la sombra también un desvalido  
vino a alentar el ánimo afanoso;  
¡tal cruzamos los males de la vida  
del bien hacia la sombra apetecida!

Gozó bien poco de la paz dichosa  
pues a breves instantes le despierta  
el sonido de trompa belicosa

que hiende el aire con su voz incierta;  
gente marcial, guerrera y numerosa  
corre los campos en carrera abierta,  
resonando del valle en los confines  
el eco de los cóncavos clarines.

Partiendo la vastísima llanura  
mil escuadrones de metal vestidos  
reverberan del sol la lumbre pura  
rayos a nueva luz enriquecidos:  
ya ostentan de sus armas la espesura,  
ya por el campo corren divididos,  
o unida la falange se dilata  
cual línea extensa de brillante plata.

Dos ejércitos son; con alma ardiente  
la señal aguardando del combate  
quema en sus venas ya la sangre hirviente  
del vivo corazón que ansioso late;  
al brillar el acero refulgente  
el brioso alazán la tierra bate,  
y al resonar el grito de la guerra,  
devora el viento por cruzar la tierra.

Si al estallar del trueno el estampido

breves instantes por el orbe zumba,  
aún más sus ecos prolongó el sonido  
de aquel encuentro que veloz retumba;  
en sangre el verde campo enrojecido  
¡a cuántos héroes le sirvió de tumba!  
¡sembrados de cadáveres el suelo!  
¡Luto a la humanidad! ¡Almas al cielo!

¡Ya todo es confusión: con más coraje  
el brazo fuerte sin cesar pelea,  
rota la malla que del cuerpo ataje.  
La roja sangre que brotando humea;  
primero que rendirse a vasallaje  
muere el caudillo cuyo ardor flaquea,  
luchando confundidas de esta suerte  
con el breve vivir la eterna muerte!

Admirando David cuadro tan fiero  
con estas voces de entusiasmo estalla:  
«¡Pronto una cota y alazán ligero;

vista mi cuerpo la luciente malla,  
yo en los combates lidiaré el primero,  
y veré vencedor en la batalla  
adornando el alcázar de mi gloria  
el triunfante laurel de la victoria!

»Miro elevarse los pendones varios,  
¿a dónde la razón tendrá su asiento?  
¿A cuáles elegir por mis contrarios,  
o voy con todos a luchar sangriento?  
¡Quiénes son de la ley los adversarios!  
Dónde me arroja mi atrevido aliento  
si miro al ondear los estandartes  
escrita LA RAZÓN en ambas partes!»

Modera ese valor, joven bizarro,  
le dijo el hombre que a su lado estaba,  
no ayudes a encender el frágil barro  
y a convertirlo en devorante lava;  
de la ambición al ominoso carro  
no humilles nunca la cerviz esclava,  
por ambas partes la razón se ostenta  
y en ambas sólo la ambición alienta.

¡Bien se defiende la justicia humana!

¡Bien de sus leyes la balanza inclina!  
¡Ay de la gloria, tras la sombra vana  
por un río de sangre se encamina!  
¡Por ornar el sepulcro de mañana  
hoy provoca la cólera divina!...  
¡A vengar los ultrajes de la tierra  
lanzaron el arcángel de la guerra!

¿Te dijeron los hombres por ventura  
que la justicia y la razón se alcanza  
con la sangre que riega esa llanura,  
o de medrar te alienta la esperanza?  
¿Quieres medir de la ambición la altura,  
o la fe nada más a ello te lanza?  
¡De la maldad ignoro los amaños!  
¡De la fe sentirás los desengaños!

Si el globo sin cesar gira rodando  
por los espacios de la azul esfera,  
la humanidad a un círculo girando

nunca rompió su colosal barrera;  
revoluciones mil irán pasando  
y en esa lucha que el ingenio altera,  
sólo del mundo el inmortal coloso  
podrá romper el círculo vicioso.

¡Tal de la humanidad es el destino!  
Y al dirigir las leyes de la tierra  
olvida lo que tienen de divino  
y al mundo enciende en ominosa guerra.  
¡Siempre de la ambición por el camino  
en la ambición sus límites encierra,  
y derramando sangre y luto y muerte  
es la razón del que venció más fuerte!

¡Velos allí! ¡Contempla su agonía!  
¡Tales son de esa gloria las grandezas;  
ve cuál maldicen la fortuna impía  
rodando por el suelo sus cabezas!  
¡Campos de execración! ¡Funesto día!  
¡Al mundo entero fuente de tristezas!  
¡Tal vez disputan con furor insano  
la negra esclavitud de algún tirano!

¿Quién es el que me habló de esa manera?

Un hijo de ese pueblo que oprimido  
voló al combate y de la lucha fiera  
tan sólo trajo el corazón herido;  
¡de las leyes alzando la bandera  
yo mi sangre por ellas he vertido!...  
¡Que se ocultaba entonces no sabía  
bajo el nombre de ley la tiranía!

Siempre los mismos en el mundo imperan,  
que si los pueblos oprimidos gimen  
a nombre de la ley, leyes alteran  
y otros nuevos tiranos los oprimen.  
Libres serían cuando justos fueran,  
justos, ahogando la traición y el crimen.  
¡Cuándo al hacer de su justicia alarde  
romper sabrán su esclavitud cobarde!

Gracias te da mi corazón rendido  
que nunca supo lo que al mundo pasa,  
a su dintel apenas he salido

y un desengaño el corazón traspasa.  
¡Huye la gloria! Su fulgor mentido  
ciega la vista cuando el pecho abrasa,  
¿ves el humo cercando la victoria?...  
Tal es del hombre la anhelada gloria.

Me lanzo al mundo por la vez primera.  
¡Huye por Dios y vuélvete conmigo!  
Todo es en él afanes y quimera...  
Verlo deseo. ¡Por tu bien lo digo!  
¡Y cuánto ignoras lo que allí te espera!  
Do quier y siempre me tendrás amigo.  
Corro tras él en pos de una esperanza.  
¡Un desengaño desde allí me lanza!

#### IV

«¡Arre burro!... ¡que te eztreyas  
cuando te mira la gente!...  
¡Qué has jecho d' aquel repente!  
¿Más velós que las senteyas?

»Pues por vía e mi maire  
que la causa no adivino  
de que así mida el camino  
quien se deja atrás el aire.

»Cabayero... güenos días.  
Felices.¿Aónde se va?  
¡Y qué larga es la jornáa!  
¡Qué tierras tan maldesías!...

»¿Aónde va de esa manera?  
¡Irá esmorrungao!... por Dios  
venga osté aquí, que a los dos  
nos pué yevar esta fiera.

»Gracias...¿Qué?... sin sercunloquio.  
¿No ve ayí mis camarás?  
Los dejé solos, no más  
que por su dulce coloquio.

»Alante los he dejao,  
no porque no ande mi bestia,

que me tomo esa molestia  
por si hay algún resagao.»

Ya sospechará el profano  
que los que así se explicaban  
y que juntos caminaban  
eran David y un gitano.

Conversando a troche y moche  
en el burro caballeros,  
si hasta entonces compañeros  
los hizo amigos la noche.

Por si alguno lo extrañase  
diré una verdad muy rancia:  
la igualdad de circunstancia  
es de la amistad la base.

Juntos pasaron el día  
marchando sin rumbo fijo,  
hasta llegar a un cortijo  
que entre montes se escondía.

Luego allí con los demás  
alegres ambos cenaron,  
mil canciones entonaron,  
beber vino... hasta no más.

De un candil a los destellos  
gozan en báquica lid,  
y el amigo de David  
resalta entre todos ellos.

Ojo audaz, ceja poblada,  
rostro barbado y pequeño,  
ancha boca, torvo ceño,  
morena tez y arrugada.

Y aunque en sus riñas feliz  
no ha de extrañarnos que ostente  
algún rasguño en la frente  
y algún chirlo en la nariz.

Que por vengar un agravio  
de algunas mojás a trueque  
le pintaron un javeque

entre la barba y el labio.

Viviendo con bajos seres  
usó sus acciones blandas,  
dime niña con quién andas  
y yo te diré quién eres.

«¡Oyes! Carroñas, le dijo  
a un viejo enjuto y canoso  
que parece en lo oficioso  
ser el dueño del cortijo:

»Di un romanse de memoria.  
Estoy pronto a contentaros,  
Mas ya podéis presinaros  
que vais a escuchar mi historia.

»Quién son mis padres no sé,  
que nunca curioso fui:  
inora dónde nasí,  
y con bestias me crié.

Entre bestias y gitanos,  
o debí ser hijo de ellos,  
o de algún burro de aquellos,

que toos son cuerpos humanos.

A la edad de la rasón  
vi por casa el ancho suelo,  
Teniendo por manta el sielo.  
Y la tierra por colchón.

Me contaba una mujer,  
que nunca faltan comadres  
la historia de toos mis padres  
que muchos debieron ser.

Uno murió... ¡Probesiyo!  
En un palo espirrabao,  
el otro murió ajorcao,  
y el último en un presiyo.

No sé más de mi asendencia,  
seguí con aqueya gente  
que me crió ricamente



entre ayuno y penitencia.

Me criaban delgadiyo  
para ayudar a sus fines  
saltando por los jardines  
o colando algún portiyo.

Así mi infansia pasó  
y en años y en picardía,  
rápidamente cresía  
hasta ser hombre de pro.

Me cansé de robar pa otros  
pues a mí náa me dejaban  
y una noche en que roncaban  
me largué con toos sus potros.

Sufrí grandes aflisiones  
pero gané la bataya,  
aunque en lo imposible taya  
el robar a los ladrones.

Echarla quise e magensia,  
con una chay m'achanté,  
y al instante me queé  
a la luna e Valensia.

¿Qué resolución tomar?  
Vivir en paz no podía  
que la jambre me comía,  
con que... de nuevo a robar.

Proseguí con mi carrera  
y... Carroñas, no te asombres  
si fui donde van los hombres...  
Al peñón de la Grumera.

Pa siempre fue mi peyejo  
y no sufrí la condena  
porque me dijo mi pena  
¿qué más prisión que ser viejo?

Por no abandonarme al osio  
tiré mis planes ligero,  
y yo y otro compañero  
hisimos un gran negosio.

Como calés no sobran,  
por no andar con partisión  
le hise al otro una traisión  
y ayudé pa que lo ahorcaran.

Dempués no queriendo más  
de aquellas tierras traspuse,  
y en este ofisio me puse  
pa servir los camarás.

Esta es mi vía, señores,  
sus milagros no los digo,  
porque morirán conmigo  
como el aroma en las flores.»

¡A la salú e Pilatos!  
Brindemos por sus jasañas.  
¿Por qué no canta unas cartas  
el compaire Pelagatos?

Subiose el vino a la parra  
dijo un hombre rechonchillo;  
pero darme el estribillo  
que ya apandé la guitarra.

Venga la pena cumplía,  
que no temo  
de mi desdicha la suerte,  
alma y remo  
que más serca que la vía  
tenemos siempre la muerte.

Venga vino y pesaumbres,  
las caenas  
para los jombres se han hecho,  
vengan penas  
que en teniendo media asumbre  
toas me caben en el pecho.

«¡¡Que viva!! Y por él brindaron  
y bebían, y cantaban,  
y los vasos apuraban  
hasta que al fin se cansaron.

Desde los pies a las moñas,

todos se arrastran beodos,  
y el más sereno de todos  
es el compadre Carroñas.

Y es que quizás harto ducho  
no está de bebida loco  
por haber bebido poco,  
sino porque bebe mucho.

Cerró la puerta al cortijo  
y a David con mansedumbre  
llevó al amor de la lumbre,  
y estas palabras le dijo:

«Me lastima, probe moso,  
el que vagues por la tierra  
sin saber lo que eya ensierra  
cuando aún no te apunta el boso.

Si al fin te lo he de desir,  
bueno será comensar,  
échate amigo a penar  
si la suerte has de seguir.

Pero no, que pa remedio  
de la pena que te aguarda  
como el ángel de tu guarda  
me puso a mi Dios por medio.

Si no es verdá, no t'aflija  
jamás arrugues la cara,  
que lo que Dios desampara  
el demonio lo cobija.

Quisás esto no te cuadre  
que eres un probe jilí:  
gitano y ladrón nasí,  
lo jue mi agüelo, y mi padre.

Y no imagines que es visio,  
es la mejor de las artes,  
porque siempre y en toas partes  
estuvo en moda este ofisio.

¿Quién eres? ¡Adónde vas,  
si no yevas un calé!

Toos te darán con el pie  
como a un piyuelo quisás.

Pero si gastas dinero  
aunque no sepan de dónde,  
te halagarán como a un conde  
y serás too un cabayero.

Si en esta rasón me fundo  
convénsete, y a vivir,  
mi refrán debes seguir:  
a robar, que ancho es el mundo.

Tendrás cabayos, mujeres,  
grandes destinos y honores,  
y señor entre señores,  
podrás gosar mil plaseres.

No lo jusgues disparate,  
roba, que aún eres novisio,  
y puedes mudar de ofisio,  
mientras lée yo el petate.

¡Y si te cansa tal vía  
tiempo tienes de variar,  
con el parnés, a josar,  
gran pecho, y alma cumplía!

¿T' avienes? Lo pensaré.  
Ha de ser ahora. ¡Ay de mí!  
Por convenio, que sí,  
hoy mesmo te ensayaré.

Ea, al avío muchachos  
les dijo a sus compañeros,  
¡arriba! vamos ligeros,  
no os cansáis de estar borrachos.

La ocasión la pintan calva,  
ya pronto deben pasar,  
con que, ¡presto, a navegar,  
antes que despunte el alba!»

Y todos se levantaron;  
y aparejando afanosos,  
unidos y silenciosos

por cien veredas cruzaron.

Luego... entre la niebla umbría  
se oyeron quejidos mil,  
quizás el aura sutil,  
que en las flores se mecía...

Nada se vio: solamente  
ya del sol a los destellos,  
con David reparten ellos  
caballos, y oro esplendentes.

Y cuando todos se van  
con el viejo se quedó  
que estos consejos le dio  
ya montado en su alazán.

«Pa navegar viento en popa  
la mujer es mala nave,  
no la creas, porque sabe  
naár y guardar la ropa.

Y no te causa peniya  
que como es ave de paso,  
si la marras tu flechaso  
otro casaor la piya.

Que no conosga jamás  
que causa tu esventura,  
cuando más amor te jura  
es cuando te engaña más.

Y no extrañes su interés  
que toos en el mundo amamos,  
ay... lo que neseditamos...  
gloria y vía son parnés.

De too habrá como te sobre,  
tendrás honores también;  
no es a gusto hombre de bien  
el que nase feo y pobre.

En la amistad nunca creas,  
el mejor amigo un duro,  
y has de tener por seguro  
solamente lo que veas.

Jamás sirvas de peana  
q'al verse en la cumbre ya  
t'arrian una patá;  
quien más sua, menos gana.

A naide sirvas de lus,  
ni tomes na con calor;  
no olvies que al reentor  
lo enclavaron en la crus.

Si te dan las tentaciones  
jamás robes pa ti solo,  
recuerda que el protocolo  
lo has de tapar con doblones.

De las jembras los halagos  
gósalos, mas no te líen;  
unos yoran, otros ríen;  
y pasar la viá a tragos.

¡Un secreto no es pa dos,  
jabla poco y al revés,  
no hay más ley que el interés,

y justisia la é Dios!

No te siegue la fortuna  
si en sus enreos te sampas;  
el que juega a muchas trampas  
es fásil que caiga en una.

Te guelves loco te ensierran,  
y desde el rey hasta el quián,  
cuando se ausenta lo olvían,  
cuando se muere lo entierran.

En el mundo náa es verdaá  
pos toó en el mundo lo ves  
con los nombres al revés,  
y detrás d' ezto no hay naá.

No olvies mis vasiedaes  
que aunque no son por entero  
las verdaes del Barquero,  
a la proste son verdaes.

¡Y salú! ¡Y hasta más ver!»  
Y aprieta a David la mano,  
y como el aire liviano  
dio su caballo a correr.

V

¿Quién es aquel que por los campos corre  
ligero como el aire en su alazán?  
David, que altivo la gigante torre  
de su ambición empieza a edificar.

David, que un tiempo caminó afligido,  
solo, sin ruta y mendigando a pie;  
David, que dio sus penas al olvido  
al despuntar la aurora de su bien.

Vedlo cual cruza la campiña extensa  
sin ver la tierra que detrás dejó;  
tal en los goces venideros piensa  
sus males olvidando el corazón.

Va del placer tras la escondida lumbre  
y ve dichoso con ardiente afán  
del alto monte la elevada cumbre,  
del ancho campo la extendida faz.

Ve de los ríos las inquietas ondas  
que retratan las flores del pensil,  
redes de plata sus ligeras blondas  
en su espejo ostentando otro jardín.

Ve de la noche las calladas horas  
cuando la luna su argentada luz,  
las ráfagas que cruzan brilladoras  
convierte en velos de ligero tul.

Y si al cansancio la cabeza inclina  
cien ilusiones a halagarle van,  
y en sus felices sueños imagina  
mirar un ángel que a su lado está.

Quiere tocarle, con afán despierta

y ve una sombra de su mano huir  
entre las gasas de la aurora incierta,  
o en las alas del céfiro sutil.

Cruza caminos, y ciudades pasa;  
templos grandiosos admirado ve,  
y más anhela cuanto más le abrasa  
de la ambición la devorante sed.

Por fin un día en el lejano oriente,  
a los destellos del primer albor,  
de una ciudad magnífica y potente  
las altas torres dibujarse vio.

Llegó hasta allí; lo que contempla ignora;  
¿es de Venecia la ciudad tal vez,  
reina del mundo, universal señora,  
o de la tierra el paraíso es?

Cada edificio vanidoso tiene  
un espejo de límpido cristal;  
su clara linfa sin cesar sostiene  
barcas ligeras que a cruzarse van.

Y viendo una mujer a la ventana  
la barquilla paró con rapidez,  
creyendo de la hermosa veneciana  
tener el rostro de su barca al pie.

La luz contempla cuando mira al cielo,  
si al suelo mira mirará la luz;  
o esa ciudad carecerá de suelo,  
o habrá dos cielos con el mismo azul.

Si al uno nace la luciente aurora  
el otro ostenta su purpúreo albor;  
si en uno el sol resplandeciente mora  
mas en el otro resplandece el sol.

Si tal el día la ciudad retrata  
hay más encantos por la noche allí;  
tranquilo espejo de brillante plata,  
cielo bordado de luceros mil.

Si una barquilla con su blanca vela  
riza las olas que intentó cruzar,



es cual paloma que en su espacio vuela,  
cándido cisne que cruzando va.

Tierna armonía que los aires hiende,  
y agita el alma su sonora voz;  
voz celestial que el ánimo suspende,  
músicas dulces de variado son.

¿De dónde parten los sonidos huecos  
a cuyas voces se agitó David?  
Ved cómo busca los sentidos ecos,  
y a ellos se acerca, y los encuentra al fin.

Anchos salones, reluciente plata,  
bellas mujeres, transparente tul,  
de mil antorchas el fulgor dilata  
ricos tesoros de brillante luz.

¡Pasad, mujeres, del placer destellos;  
ángeles puros, cándidos querubes,  
rostros divinos, ademanes bellos,  
a la aurora del bien lucientes nubes!

¡Corred! ¡Volad! y en caprichosos giros  
rápidas id en alas del contento;  
no resuenen del alma los suspiros,  
del corazón ahogad el sentimiento.

Todo es gala y placer, luz y armonía;  
al sentido solaz al pecho amores;  
y por do quier la plácida alegría  
va derramando sus hermosas flores.

David gozoso cuanto ve desea,  
corre anhelante con delirio loco,  
sueña venturas, ilusiones crea;  
tanto placer a su ambición es poco.

«¡Ay madre mía!» con dolor exclama;  
«¡sólo pesares gozarás! dijiste,  
¿y esta ventura que mi pecho inflama?  
¡Que no hay placer! en tu aflicción mentiste.

Al mirar mi grandeza y regocijo,  
¡quién me tendría por ladrón inmundo!  
Bien haya aquel que por mi bien me dijo:

«¡Ánimo y a robar, que ancho es el mundo!»

Cual leve sombra por su lado gira  
cubierta en su disfraz una mujer;  
en todas partes ante sí la mira,  
cuerpo gentil y blanca palidez.

Siempre mirando quién le causa enojos  
sin encontrar el ángel que soñó;  
do quier le buscan sus inquietos ojos;  
tal vez escucha su sonora voz.

«Ven», le decía con amable acento  
una mujer hermosa, celestial;  
«vamos», murmura perfumado el viento,  
y pronto lejos del bullicio están.

Ya solitarios en lejana estancia  
David gozoso con placer la mira,  
de su aliento respira la fragancia,  
y sólo fuego el corazón respira.

Negro cabello, que en rizadas ondas  
vaga sin ley, y al aire va desecho;  
lúbrica espalda y transparentes blondas  
velando apenas su nevado pecho.

Todo lo ven sus abrasados ojos  
cuando hace todo enmudecer sus labios;  
labios contempla del carmín enojos,  
ojos admira de la luz agravios.

«Llega, hermosa veneciana,  
que te adora el alma mía  
desde el día  
que crucé por tu ventana!»

Y en tanto una voz lejana  
Repetía:  
¡Ay! ¡Lo mismo me decía!  
«Yo vagaba sin camino  
del mal por la niebla umbría;  
¡luz y guía  
serás tú de mi destino!»

Y aquel eco peregrino

Repetía:  
¡Ay! ¡Lo mismo me decía!

«¡Dulce ilusión de mi mente  
y aurora de mi alegría,  
sin falsía  
te adoraré eternamente!»

Y aquella voz tristemente  
repetía:  
¡Ay! ¡Lo mismo me decía!

«Mi corazón suspirando  
al sepulcro bajaría  
si tú ¡impía!  
¡fueras su amor desdeñando!»

Y aquel eco sollozando  
repetía:  
¡Ay! ¡Lo mismo me decía!

¿Quién exhala ese lánguido clamor?  
¡Amor!... el eco prolongado exclama.  
¿De quién, dice David, parte el rumor  
que por los aires triste se derrama?

¿Qué me quiere decir en su dolor  
la voz oculta que mi pecho inflama?  
¡Ama!... vuelve a decir la voz aquella,  
¿Quién? y los aires murmuraban: ¡ella!...

¡Mío es, David, el dolorido acento:  
y era Isabel que entre los dos se lanza;  
ese gemido que repite el viento,  
es el último adiós a mi esperanza;

de su tierna ilusión fuiste el aliento  
y otra las flores de tu amor alcanza!...  
¡Infeliz si arrullada a tus amores  
creyéndolos se aduerme entre sus flores!

¡Isabel! ¡Isabel! huye te ruego;  
tu pobre corazón no me comprende,  
yo necesito un corazón de fuego,  
sólo tu halago mi desdén enciende.  
Ni mi cariño ni amistad te niego

pero el recuerdo de tu amor me ofende;  
ya mi voz acusaste de perjura,  
¡huye sombra fatal de mi ventura!

¡Sí, responde Isabel: yo soy la sombra  
que te siguió desde lejana tierra,  
y el eco soy que sin cesar te nombra,  
y la voz de aquel crimen que te aterra;  
voz que la calma de tu dicha asombra,  
y hace a tu paz aborrecida guerra;  
yo que te sigo en mi dolor profundo  
regando con mis lágrimas el mundo!

¡Tu madre un día en su pesar me dijo:  
corre tras él por prados y montañas,  
dile que vuelva, que aunque fue mal hijo,  
un pedazo es al fin de mis entrañas:  
más que por mí, por su dolor me aflijo,  
ya que mi amor y su querer extrañas  
dime primero que cruel te crea  
lo que la he de decir cuando la vea!

Di que siempre la amé; si tierna llora  
enjuga el llanto de sus tristes ojos;

y huye por Dios, que a la que el alma adora  
tu presencia tal vez la cause enojos;  
no estorbes más mi dicha encantadora  
que el alma la he rendido por despojos,  
y al oír Isabel su extraño acento  
tal le dijo con hondo sentimiento:

«Si he de ir de tu amor detrás  
sin alcanzarlo jamás,  
torno a mis días serenos  
con cien esperanzas menos,  
con cien desengaños más.

¡Adiós! y quieran los cielos  
que cual me tratas te traten,  
y tus amantes desvelos,  
paguen ingratas con celos  
y con desdenes te maten.

Y más se acrece mi mal  
al mirar que desleal

tanto mi desdicha alientas,  
cuanto la ventura aumentas  
de aquella feliz rival.

Goza su amor, virgen pura;  
tú no sabes la amargura  
con que mi vida envenenas;  
la fuente de tu ventura  
es manantial de mis penas!

Donde tu dicha mirares,  
yo desengaños traidores;  
y en tan opuestos azares,  
es el fin de tus pesares  
principio de mis dolores.

Adiós, David; y al perderte  
sólo un recuerdo te pido:  
¡más quiere un pecho rendido  
el sepulcro de la muerte  
que la tumba del olvido!

Y no extrañes que llorase  
tu desdén y tu falsía,  
si en mi dolor extrañase  
que quien alma no tenía  
así el alma me robase.

¡Si he de ir de tu amor detrás  
sin alcanzarlo jamás,  
torno a mis días serenos  
con cien esperanzas menos,  
con cien desengaños más!

¡Y huyo veloz, y acongojando el viento  
si una palabra de cariño oía,  
parece murmurar en blando acento!  
«¡Triste Isabel! ¡Lo mismo la decía!»

Vuelve David junto a su bien querido,  
tierno la abraza, su constancia jura,  
y dando sus pesares al olvido  
en brazos se durmió de su ventura.

¡Todo es silencio, misteriosa calma!...  
¡Dos corazones al amor suspiran;

de ambos se queja cariñosa el alma,  
no cabe en ellas el placer que aspiran!

Del cielo descended, bellos querubes,  
y su amor cobijad en vuestras alas,  
mientras la aurora sus purpúreas nubes  
sale a ostentar entre lucientes galas.

¡Guarda, Isabel, tu angelical pureza;  
y si por otra tu pasión olvida  
deja que goce su pasión mentida:  
quizás bajo la flor de su belleza  
manantial de una fuente corrompida!

## VI

Ved la densa neblina  
como al impulso leve  
del aura matinal, en blando vuelo  
agitada se mueve.

Ya en medio la campiña  
sus transparentes ráfagas apiña,  
o ya eleva hasta el cielo  
la inquieta blonda de su oscuro velo.

Ya los espacios hiende,  
ya sus fugaces alas  
por los campos extiende,  
o en giros caprichosos  
al columpiarse por el ancho espacio  
ligera se divide  
dibujando fantásticos colosos.

Ved cual de nuevo crece,  
o dejando la tierra  
al empuje del céfiro se mece;  
mirad cómo aparece  
despejando las márgenes del río  
la encina de la sierra,  
y del jardín la fuente  
y del valle el lejano caserío.

Vedla otra vez vagando dividida

de la aurora naciente  
en purpúreos celajes convertida;  
y ya el oscuro manto  
que la luz envolvió de la mañana  
es tu luciente de encendida grana.

Cercado de grandiosos edificios  
hay un alcázar bello  
que se distingue apenas  
de la mañana al pálido destello.

Allí el señor descansa  
de pueblos mil que enderedor se extienden,  
y postrados, sumisos,  
sólo por ley su voluntad entienden.

Habita del palacio en una estancia  
do compiten el gusto y la elegancia;  
cortinajes bordados  
en oro recamados,  
y grandiosos espejos  
que de la luz retratan los reflejos  
que en su límpida luna vivifican,  
y sombra, y luz, y adornos multiplican.

Todo respira calma;  
sólo se oye en un lecho  
una voz cariñosa  
y es de David que con su bien reposa  
contando los latidos de su pecho.

«¡Ven» la dice amoroso,  
«ven a mis brazos, cándida María;  
no ves cómo despierta  
la clara luz iluminando el día,  
pues lo mismo del alma medio muerta  
los sombríos pesares se ahuyentaron  
cuando mis tristes ojos  
en la luz de tus ojos se miraron!

¡Vuelve a mis brazos... mira los fulgores  
de la aurora naciente,  
mira el cenit iluminarse en ellos,  
aduérmate en mi seno, encantadora,  
mientras del día el resplandor avanza...  
deja que goce al recordar mi mente

que a la luz de la aurora  
la aurora vi nacer de mi esperanza!...

Di que me adoras tierna  
y de tu amor la llama va creciendo,  
pero no, ya no dudo  
que me lo está diciendo  
con doble acento tu silencio mudo.  
Llega, y entre mis brazos  
la historia cuéntame de tus amores.

¡Ay! ¡Qué mujer pudiera  
la historia de su amor contar sincera!  
¿Lo pasado qué importa? ¡Yo te adoro  
más que el primer amor, e inagotable  
para ti de querer tengo un tesoro!

Siempre dudando de mi amor sincero;  
¿no te rendí con él mi señorío?  
¡No mandas por entero  
al rico y al pechero  
y eres también señor del pecho mío!

¿En medio la grandeza  
que halaga la ambición de tu deseo  
no inclina la cabeza  
al grandioso trofeo  
de tu poder la plebe numerosa?

¿Qué anhelas? ¡Qué te falta,  
si a la del Dux se iguala tu grandeza!  
«Gracias, tierna María;  
su dicha toda el corazón te debe.»  
¡Y loco en su alegría

ya tierno la abrazaba,  
ya triste suspiraba  
y los halagos de su amor huía,  
que delirante bebe  
fuego su labio cuando besa nieve!

«¿Qué más? Tienes razón, mi loco anhelo  
que otros placeres codiciar pudiera  
si no cabe más dicha en este suelo...  
¡Ay! por mucho que vuela  
el águila altanera



nunca sus alas llegarán al cielo.

¿Qué más? ¡Tienes razón; ricas orgías,  
esplendente grandeza y poderío!  
Ya del invierno helado  
en los oscuros días  
junto al hogar contigo recostado  
miro cómo desciende  
la blanca nieve que encapota el prado.

¡Ya del placer mintiendo vanidades  
en tanto que retumba  
el trueno de la tierra en los confines,  
los ecos de las recias tempestades  
pasan despercebidos,  
o cruzan confundidos  
con las risas de báquicos festines!

Llega el abril hermoso,  
y en medio de magníficos jardines  
mecidos muellemente  
en la hamaca ligera  
se deslizan las horas dulcemente,  
tu mano lisonjera  
mi rostro acariciando,  
yo tus mejillas con amor libando.

¡Cuando falta el ambiente  
con abanicos de pintadas plumas  
tú refrescas mi frente;  
y si al arroyo miro  
buscando de solaz nuevos antojos  
mi lánguido suspiro  
ahuyenta sus espumas  
y en su limpio cristal te ven mis ojos!

¿Qué más? ¡Tienes razón; loco deseo!  
Límites tiene el sol en su carrera,  
de los aires el límite es la esfera  
también los tiene el anchuroso mundo,  
pero ¡ay! ¡que nunca veo  
de mi ambición el límite profundo!

«¿Están los espías? Sí.  
¿Hay algún peligro? No.  
¿Do acude la gente? Aquí.  
¿Quién ha de matarle? Yo.

¿Y saldremos bien? Quizás.  
Tienen sospechas. Ninguna.  
¿Y la voz?... Tú la darás.  
¿Quién me ampara? La fortuna.

Entre todos te escogí  
y eso que los hay atroces,  
porque siempre miré en ti  
el mejor para dar voces.

Con sigilo y con prudencia  
¿quién nuestro plan desbarata?  
El crimen a la conciencia,  
y a los bolsillos la plata.

En la victoria no hay duda,  
se grita muera el tirano,  
y la plebe nos ayuda  
siguiendo puñal en mano.

Yo mismo sembré el dinero  
que ha de florecer tan pronto:  
los halagué lisonjero,  
y no temo, hay mucho tonto.

Y ayudarán mis intentos  
a más de los que compré  
los ingratos, descontentos  
y los traidores sin fe.

Yo les dije que David  
contra su bien conspiraba,  
y al pueblo en traidora lid  
codicioso esclavizaba.

Como me finjo su amigo  
pinto de otros la doblez,  
y de ese modo consigo  
los traté con altivez.

Siendo su impaciencia mucha  
se desesperan, se agitan;  
el pueblo su voz escucha  
y «muera el tirano» gritan.

Que a esa voz siempre se inflama  
y dócil a oculta mano,  
por libertador proclama  
al que es luego su tirano.

Hay tiranos verdaderos  
y al engaño lo son otros;  
sin su nombre, a los primeros  
hemos de imitar nosotros.

De este modo satisfago  
dos venganzas a la vez;  
de mi pasión el estrago,  
de la ambición la altivez.

Que no puedo ver con calma  
que el ángel por quien deliro,  
rinda a David con el alma  
de amor el dulce suspiro.

El que llore mi amargura,  
y ella su fiero desdén;  
en armas de su hermosura  
se hieran los dos también.

Amigo fui, soy rival,  
afectos contrarios son;  
pero esta balanza igual  
viene a inclinar la ambición.

Antes que amanezca el día  
tanta arrogancia humillando  
en la red de mi falsía  
iré sus glorias matando.

Y no ha de salirme mal  
que a la astucia no hay valor,  
«ni vive más el leal  
que lo que quiere el traidor.»

Esto dos hombres decían

de la luna a los destellos,  
y tal los aires oían  
al ausentarse uno de ellos:

Confundiendo en su balanza  
engaños y engañadores,  
tanto su poder alcanza  
que hay traición para traidores.

Yo voy a venderte a ti  
como vendiste a tu amigo,  
y algo has de aprender de mí,  
cuando tus máximas sigo.

Y no ha de salirme mal  
que a la astucia no hay valor,  
«ni vive más el leal  
que lo que quiere el traidor.»

## VIII

Aún gozaba David en su contento  
dormido a los halagos de María,  
cuando en la estancia lúgubre un acento  
vino a nublar la luz de su alegría;  
«David despierta» murmuraba el viento,  
«oye mi voz...» el eco repetía,  
o teme que del sueño te despierte  
el último gemido de la muerte.»

«¿De quién parte el acento que inhumano  
llega a turbar mi plácida ventura?  
Desprecia de él el misterioso arcano  
y piensa en el peligro que te augura.  
¡Quién mi contento con traidora mano  
quiere anegar en olas de amargura!  
Aquel que siempre se albergó contigo  
y amaste siempre cual mejor amigo.

¡Julián!... ¡Mentira! con furor exclama  
de David una voz aterradora;  
«Si agradecido mis favores ama  
por qué alentar en rabia vengadora?  
¿Yo convenir en tan horrible trama

dudando del amigo que me adora?  
Ven, y pronto David serás testigo  
de las traiciones de tu ingrato amigo.

Yo tu gente avisé desprevenida,  
yo en contra de su plan, planes previne;  
yo redoblé tus guardias, y en seguida  
el aviso fatal a darte vine;  
y envuelta en tu poder caerá tu vida  
como él los planes que dispuse atine...  
Vamos, dijo David, y antes advierte  
que tu mentira sellará tu muerte.»

Todos se van en fuga presurosa;  
yace la estancia en soledad tranquila;  
¿mas quién turba la paz en que reposa?  
¿O es que ya el crimen su puñal afila?  
¿Dónde cruza esa sombra misteriosa  
a la luz escondiendo su pupila?  
Es de Julián cuya traición prepara  
muerte cruel a quien su vida ampara.

Desencajado el lívido semblante  
mira do quiera con inquietos ojos;  
se oye latir su pecho palpitante  
del vivo corazón a los enojos;  
el paso mide inquieto y anhelante  
cual el descalzo pie que pisa abrojos,  
y hasta azaroso al divisar su sombra  
con espanto la ve, tiembla y se asombra.

Su izquierda mano el corazón cubriendo  
cual moribundo sus latidos cuenta,  
el aire que respira comprimiendo  
que aun el ruido más leve le amedrenta.  
La diestra mano su puñal blandiendo  
prepara el golpe que medroso intenta,  
y decidido al fin, el brazo mueve  
en vano el golpe descargando aleve.

«¡Se fueron! dice, maldición, se fueron!»  
Y ya el cobarde cual sangrienta hiena  
que al devorar las presas se le huyeron  
se abandona al furor que le enajena.  
«Aquí su lecho está, por ahí salieron.»  
Y recorriendo la callada escena,

pues alienta en el crimen su esperanza  
en pos del crimen tras David se lanza.

¡Tente traidor! pues que a mi muerte vuelas  
traspase tu cuchillo mi garganta;  
yo soy David: pues que mi sangre anhelas  
salgo veloz a detener tu planta.  
¿Por qué al mirarme tus furores hielas?  
¿Por qué mi acento tu valor espanta?  
¡Hiere! ¡que siento más tu vil amaño  
cuanto miro mayor mi desengaño!

Si ambicioso mi muerte preparabas  
de la traición por los senderos fijos,  
¿qué te faltaba, di? ¡Qué ambicionabas!  
¡Del negro corazón viles alijos!  
¡Tú de mi amor, y mi poder gozabas!...  
¡Partí mi pan con tus hambrientos hijos!...  
¡Y al apagar la sed de tus placeres  
nada te basta que mi sangre quieres!...

¡Sangre se verterá! la sangre impura,  
la negra sangre que circula el seno  
del que a favor de la tiniebla oscura  
mi sangre a derramar viene sereno.  
Mi corazón llenaste de amargura,  
el tuyo aspirará todo el veneno  
con la muerte vengando una esperanza.  
¡Si es que tu muerte su valor alcanza!

¡No aguardes el perdón de tus amaños,  
ni tus desdichas ni tus males siento,  
que vendavales son los desengaños  
que marchitan la flor del sentimiento!  
Su hiel derramas en mis tiernos años,  
en otros vengaré mi sufrimiento;  
al que probó dolores tan fatales  
no le lastiman los ajenos males.

Yo malvado seré; no es culpa mía  
que puro el corazón al mundo traje;  
sigo el impulso de su mar bravía,  
sigo el rumbo fatal de su oleaje.  
Yo en el amor de la amistad creía...  
¡Engaño vil que alienta mi coraje!  
¡Si a la amistad el corazón se inclina

el egoísmo al corazón domina!

¡Triste recuerdo!... ¡La ambición ha sido  
quien elevaba contra mí tu brazo,  
ella también a un crimen me ha impelido,  
víctimas fuimos en su oculto lazo!  
Si los dos hacia un fin hemos corrido  
aunque desde ahora tu amistad rechazo.  
De tu traición olvidaré el encono;  
¡huye lejos de mí; yo te perdono!

Y tú, malvado, que a Julián vendiste,  
huye también donde jamás te vea;  
si al evitar un mal malvado fuiste  
poco en tu abono tu saber se emplea;  
ganar con él mi voluntad quisiste,  
mas de ese crimen desprecié la idea.  
¡Infeliz del que fía en los favores  
de los que son a la amistad traidores!

¡Un desengaño más! Triste ventura  
la que alcanzan los míseros mortales,  
que cruzando caminos de amargura  
bienes piensan hallar do encuentran males.  
De la grata amistad la antorcha pura

me cegó con sus rayos celestiales  
y al cobijarme a su fulgor extraño  
¡sólo la sombra vi de un desengaño!

¡Poco en los brazos del placer dormimos!  
¡Poco se goza lo que mucho amamos!  
¡Nada de nuestros males aprendimos!  
¡Siempre a mañana nuestro bien fiamos!  
¡¡Si remotos placeres conseguimos  
otros nuevos placeres anhelamos,  
y sin lograr jamás lo que queremos  
entre ayes a la tumba descendemos!!»

## IX

Pasó un día, y otro día,  
y algunos meses pasaron,  
y desdeñosa María

ya los halagos huía  
que otro tiempo la encantaron.

Y quién extrañar pudiera  
se apagase su ilusión,  
si una tras otra pasión  
fueron gastando la hoguera  
de su amante corazón.

Al cabo llegó el momento  
en que David sospechase  
su enojoso descontento,  
y con dolorido acento  
de esta manera la hablase:

«¿Ya te cansaste? Cabal.  
¿Y ya no me quieres? No.  
Calle tu labio fatal:  
para serme desleal  
responde, ¿qué te hice yo?

Dime, ¡a qué nuevos antojos  
ha rendido tu falsía  
mi corazón por despojos,  
que ahoga la esperanza mía

en el llanto de mis ojos!

¡Ay! debiera aborrecerte  
y al matarme tu rigor,  
si por ella he de perderte  
más que el dolor de la muerte  
siente el alma otro dolor.

Y no acierta el corazón  
cuál el motivo será  
de que en su loca ilusión,  
suspire con tal pasión  
por quien la muerte le da.

Y está ignorando también,  
el que ciega mucho ignora,  
como menguando su bien  
cuando crece tu desdén  
con más delirio te adora.



Quizá envidiosas las flores  
de tu encantada belleza  
anhelando sus favores  
marchitaron con fiereza  
a la flor de mis amores.

Quizá viendo mi ventura  
imaginó su venganza,  
sirviendo de sepultura  
el jardín de tu hermosura  
a la flor de mi esperanza.

Y hace mi pena cumplida  
tu desdeñoso desaire,  
que al mirarla desprendida  
toma tu desdén más vida  
de mis suspiros al aire.

¡Hay desdicha más cabal  
y que tenga menos medio  
en su infortunio fatal,  
que halle al poner el remedio  
en el remedio otro mal!

¡María! por compasión  
oye mis quejas aquí,  
y que tan amargas son  
porque antes las escribí  
con hiel en mi corazón.

El llanto del alma advierte,  
porque en su voz dolorida  
está repitiendo al verte:  
¡qué de tan amarga muerte  
la que dio tan dulce vida!

¿Tras qué vamos? ¿Qué queremos?  
De la dicha al placer sumo;  
a su lumbrera corremos  
y si cercana la vemos  
¿qué es lo que tocamos? ¡Humo!

Si mintiendo resplandores  
esa luz nos esclaviza,  
y entre sombras de dolores  
llegamos a sus fulgores

¿qué es lo que vemos? ¡Ceniza!

Pues bien, David, yo presumo  
siendo ilusión el bien sumo  
que en vano tras él corremos;  
si no existe, ¿qué perdemos?  
Un poco ceniza y humo.

A qué tu desdicha vana,  
y a qué soñar ilusiones  
de felicidad mundana,  
si hoy adoran corazones  
lo que desprecian mañana.

En esa traidora lid  
en que un día lucharás,  
es más dichoso David  
el más hábil adalid  
y no quien batalla más.

Alma, destreza y falsía,  
todo lo demás es cuento  
y si vivimos un día,  
¿a qué nublar su alegría  
con nubes de sentimiento?

Con suspirar, ¿qué se gana?  
¿Quién imposibles allana?  
Tú me quieres, pues yo no;  
y si hoy no te dejo yo  
tú me dejarás mañana.

Suspiros al aire van  
porque aire suspiros son,  
hoy me adoras con afán  
y otras mujeres vendrán  
a ocupar tu corazón.

Tu mal mis verdades siente,  
luego tal vez las ostente,  
porque tu edad sin amores  
es como jardín sin flores  
o esfera sin luz ni ambiente.

Nunca dudes que te amé,  
de pensamiento mudé,

más adora el menos cuerdo,  
me gustaste, me cansé,  
y si te vi no me acuerdo.

Sin duda te tratarían  
otras de distinto modo,  
mas todas te engañarían  
por que infieles te serían,  
y la verdad sobre todo.

Desde esta ventana advierte  
contra las olas bogando  
de ese mar soberbio y fuerte.  
Entre la vida y la muerte  
aquel bajel zozobrando.

Mira cuán poco adelanta  
aunque de valor presume;  
mira el agua a su garganta  
cuál le vuelca, y le levanta,  
y entre las olas le sume.

Pues bien, al mar de la vida  
quien su corriente no sigue,  
irá cual nave perdida  
que necia a morir se obligue  
bajo las olas sumida.

Tú en la aurora de tus años  
hallarás tal sepultura,  
si con afanes extraños  
vas buscando desengaños  
por el mar de la amargura.

¿En el corazón mandamos  
o sus mandatos oímos?  
¿A ese mar en que nacimos  
el curso veloz paramos  
o su corriente seguimos?

David, mi consejo atiende  
que en la experiencia le fundo,  
esa pasión que te enciende  
es porque otra no comprende  
el que vio tan poco mundo.

Quien aprisionado está  
y entre tinieblas vivió,  
tan sólo querer podrá  
la única luz que miró  
que si más ve, más querrá.

Que me ha sucedido a mí  
lo que hoy te sucede a ti.  
Y unos con otros luchando  
nos vamos desengañando,  
y pasa la vida así.

Quiero, y no puedo adorarte;  
en ablandar mi rigor  
no debes atormentarte,  
y siempre es un gran favor,  
David, el desengañarte.

Usa del tiempo más bien,  
guarda esas frases sentidas  
y esos recuerdos también,  
que serán horas perdidas  
querer rendir mi desdén.

Responde, mujer liviana.  
¿Por qué tal no me dijiste  
de la condición humana,  
en el momento que viste  
nacer mi pasión tirana?

¿Por qué di, no hiciste alarde  
de esos resortes y amaños  
y me das cuando ya es tarde  
para que de ellos me guarde  
tan traidores desengaños?

¿Qué me dejó tu pasión?  
Tan sólo amargos enojos,  
fue mi dicha una ilusión,  
porque son fuego tus ojos  
y nieve tu corazón.

¿Quién a aclararme se atreve  
las dudas en que me anego?  
¿Cómo un corazón de nieve  
en mi corazón, aleve

pudo encender tanto fuego?

Huyeron ya las auroras  
que me halagaron serenas;  
¡cuándo volverán sus horas  
a iluminar brilladoras  
la oscuridad de mis penas!

¡Y al contemplar mis dolores,  
me recuerdan sus estragos  
tus lisonjeros favores,  
y tus fingidos halagos,  
y tus mentidos amores!

De mi mal la culpa tienes  
pues de amargura me llenas  
trocando males por bienes;  
por cada halago cien penas,  
cada favor mil desdenes.

Si canto más dulces fueron  
debieron ser más fingidos  
favores que me adurmieron,  
también del alma debieron  
ser doblemente sentidos.

Que si el águila altanera  
a los cielos no subiera,  
cuando en el polvo expirara  
si tanto bien ignorara,  
tanto pesar no sintiera.

¡Ay! ¡Como el águila fui;  
de tu divina hermosura  
hasta los cielos subí,  
y ya cual ella sentí  
a tal bien, tal desventura!

Adiós...Teme su venganza  
que ya en ese acento extraño  
miré tu fiera mudanza;  
¡Ay! ¡de la última esperanza  
nace el primer desengaño!

## X

«¿A dónde llevas corazón herido  
en triste llanto tu pesar deshecho?  
¿Dónde no llorarás, cuando en tu pecho  
el amargo dolor tiene su nido?

¡Si perdisteis mis ojos  
la plácida alegría  
llorad vuestros enojos  
porque es eterna la desdicha mía!

Seca el estío las tempranas flores  
y su esmeralda roba a la pradera,  
mas torna la fecunda primavera  
derramando a torrentes sus colores.

¡El árbol reverdece  
en la floresta umbría  
y de nuevo florece,  
nunca florece la esperanza mía!

¡Llega la noche soñolienta y triste  
desplegando sus sombras misteriosa;  
pero viene detrás el alba hermosa  
y su radiante luz las sombras viste;  
cuando de mis dolores  
la oscuridad sombría  
rasgarán tus albores,  
hermosa luz de la esperanza mía!

Con el tiempo fugaz sobre este suelo  
todo cambia, se muda y desaparece,  
pero mi pena con el tiempo crece,  
y se aumenta con él mi desconsuelo.  
Si contempláis mis ojos  
mi desventura impía  
llorad tantos enojos  
porque es eterna la desdicha mía!»

¿Quién esos gemidos lanza?  
¿Esas quejas dónde parten?  
¿Qué corazón dolorido  
pudo exhalar tantos ayes?  
¿Quién por las selvas incultas  
apenas la aurora nace

los sollozos de su pecho  
va a ocultar en su ramaje?

Es una flor delicada  
que entre las flores de un valle  
apenas brotó sus hojas  
ya las miró marchitarse,  
desprendidas y juguete  
de encontrados huracanes.

Rica en primores y esencia  
blando la besaba el aire,  
bajo su sombra solían  
cantar las pintadas aves,  
y la luz en sus colores  
ostentaba sus esmaltes.

Perdidos hoy sus encantos  
suspira viendo trocarse  
el abril de sus delicias  
en invierno de sus males.

Es Isabel, que afligida  
corre a esconder sus pesares,  
cual tórtola solitaria,  
paloma sin maridaje;  
es la alondra que corría  
detrás de su infiel amante  
con una mitad del alma  
volando tras la otra parte  
y no pudo imaginar  
que sin ninguna tornase.

Dejó a David, y volviose  
y esto le dijo a su madre.

«Le encontré; pluguiera el cielo  
que ya nunca le encontrase,  
si hora además de perdido  
le he de llorar inconstante.  
Sólo me encargó señora  
que vuestro llanto enjugase,  
y de abrazar vuestro seno  
anhela el feliz instante.»

Tal la dijo, y ocultose

para sí las duras frases,  
de su desdén los desvíos  
de su enojo los ultrajes,  
que el cáliz del infortunio  
cuando se colma bastante,  
ve indiferente las gotas  
que en él van a derramarse.

Desde aquel día, vagando  
va Isabel por los lugares  
donde gozó sus delicias  
y allí calma sus afanes,  
que amamos hasta los sitios  
que vieron nuestros solaces.  
Así cruzaban los días,  
y los campos y los árboles  
por dos veces florecieron  
y dos veces marchitáronse.

Por fin, una horrible noche  
en que zumbaban los aires  
de la tempestad rasgando  
los oscuros cortinajes,  
se vio cruzar las tinieblas

una mujer delirante  
que atravesando las sombras  
desafió en su coraje  
a la tormenta, y al genio  
de las recias tempestades.

¿Quién es? ¿Dónde va? ¡Infelice!  
¡Fue Isabel! Dos años hace  
que huyó David de su seno  
una noche semejante,  
y ella acordose, y sin juicio  
por aquellos campos sale;  
que en su delirio imagina  
que le está viendo ausentarse.

«¡Detente, dice, detente,  
primero la muerte dame  
que vivir sin esperanza  
a llorar tus falsedades!  
¡Ay... le sigo y no le alcanzo!  
¡Oye mis quejas... aguárdate!...



Pero aún su sombra distingo...  
aún le veo... aún... ¡ay! engáñome,  
que es sombra de mi deseo  
la que miro dibujarse!!»

Y allí quedó desmayada  
y sin ampararla nadie  
hasta que nació la aurora  
a alumbrar tantos azares.  
Desde entonces los colones  
que aquellas campiñas parten,  
«¡infeliz!» dicen al verla,  
¡quién pudiera imaginarse  
que la que tanto sentía  
sin sentido se quedase!»

Y sus hijuelos la siguen,  
y van diciendo ignorantes  
«¡Ahí va la loca! ¡la loca!»  
Y la paran, y la abaten,  
y por David la preguntan.  
Y si doliente callase  
contestaciones la piden  
cual si no fueran bastantes  
las lágrimas que descienden  
por su afligido semblante.

Hay horas en que ella misma  
se ríe de sus pesares,  
y entonces viéndola alegre  
dicen los chicos tenaces:  
«¡ahí va la loca! ¡la loca!...  
¡que sus desventuras cante!...»  
Y estos acentos les canta  
que ya de memoria saben:

El amor y la locura  
se juntaron;  
y cavaron  
de mi bien la sepultura.  
¡Niña triste  
da esa vida  
sin ventura,  
pues la viste  
ya perdida  
y náufraga en el mar de la amargura!

¡Las huellas de aquel que adoro  
señaladlas,  
que al buscarlas  
su senda borró mi lloro,  
y no espero  
ya encontrarle,  
pues ignoro  
el sendero  
do buscarle;  
reparar que del alma es el tesoro!

¡Yo camino por abrojos  
y dolores,  
que no hay flores  
para quien suspira enojos;  
voy sin puerto  
tras el alma  
de mis ojos;  
del desierto  
triste palma  
al huracán rendida por despojos!

¡Infeliz el que suspira,  
si no alcanza  
la esperanza  
del amor por quien delira;  
y en el suelo  
que aborrece  
vive y gira  
sin consuelo:  
que más crece  
el mal del pecho, cuanto más respira!

Si el amor y la locura  
se juntaron  
y cavaron  
de tu bien la sepultura,  
niña triste,  
da esa vida  
sin ventura,  
pues ya viste  
¡qué perdida  
náufraga cruza el mar de la amargura!

## XI

Llora Isabel sus amores,  
y David de sus pesares  
los rigores;  
y su madre dolorida  
llora de ambos los azares;  
¡triste vida!

Nuestra misión ignorando  
entre tinieblas nacemos  
sollozando,  
y bañan la sepultura  
las lágrimas que vertemos  
de amargura.

Si es penar nuestro destino  
reguemos con nuestros ojos  
el camino;  
quien de su fin nos aleja  
mas acrece los abrojos  
que nos deja.

Males tras bienes girando,

lo que unos adoran, otros  
despreciando;  
tal del placer y la pena  
vamos formando nosotros  
la cadena.

Sus eslabones temidos  
aprisionando del pecho  
los latidos;  
siempre en opuesta balanza,  
nunca gozó satisfecho  
su esperanza.

Ved a Isabel que suspira,  
y por su traidor amante  
cual delira;  
ved a David suspirando,  
y al desdén de una inconstante  
sollozando.

Muere David por María  
mientras Isabel le adora  
sin falsía;  
y quizás otro la quiera  
y de sus ensueños llora  
la quimera.

Males tras bienes girando  
lo que unos adoran, otros  
despreciando;  
tal del placer y la pena  
vamos formando nosotros  
la cadena.

Así hacia la muerte vamos  
y nunca nuestros anhelos  
alcanzamos:  
por una ilusión florida  
tan azarosos desvelos...  
¡Triste vida!

¡Pobre David! ¿Qué no viste?  
¿Tras qué esperanza halagüeña  
no corriste?  
¡Hay un placer más fecundo,  
otra dicha más risueña  
en el mundo!

Si a la amistad te faltaron  
y creyendo en los amores  
te engañaron,  
¿qué halagará tu memoria?  
¿Tal vez serán los albores  
de otra gloria?

Pero ¡ay de ti! si ligera  
ves trocarse tu esperanza  
lisonjera,  
en acervos desengaños  
que atormenten la bonanza,  
de tus años.

Tuviste honores, riquezas  
y de tu ambición gozaste  
las grandezas;  
sólo te queda un encanto,

si en él también te engañaste...  
¡sólo llanto!

Ayes del mundo suspiras  
cuando apurando placeres  
por él giras,  
¡qué de ese mundo pensaras  
si mayores padeceres  
contemplaras!

Tus ojos sólo lloraron  
el recuerdo que tus dichas  
te dejaron;  
¡ay del infeliz que cura  
con recuerdos de desdichas  
su amargura!

Canta Isabel sus dolores,  
David de su pena llora  
los rigores,  
y su madre dolorida  
por ambos al cielo implora;  
¡triste vida!

Adurmiendo su quebranto  
aún espera ver los ojos  
que amó tanto;  
¡y David soñando bienes  
vencer de otra los enojos  
y desdenes!

Nadie en el mundo su esperanza agota  
ni bien cumplido de ventura alcanza;  
el ¡ay! postrero que del pecho brota  
¡es el último adiós a la esperanza!

## XII

«Adiós ligera nave  
que por siempre te alejas  
al aire de mis quejas  
en rápido volar.  
¡Feliz arriba al puerto,  
tras horas de bonanza,

que yo de mi esperanza  
el puerto perdí ya!

¡Corre! ¡Mientras retraten  
las argentadas olas  
tus gayas banderolas  
sobre su espejo azul,  
yo miraré tu rumbo  
como la estrella mía,  
que en ti de mi alegría  
se atesora la luz!

Si tú surcas los mares  
no te envidio ese encanto,  
que también con mi llanto  
el rostro surco yo;  
Tú por ondas rizadas  
al impulso del viento,  
yo al aire de un lamento  
por olas de dolor.

Guarda velera nave  
ese bien que atesoras,  
no nuble sus auroras  
la recia tempestad:  
y si la estrella pierdes  
no mires a esta parte,  
o teme el encontrarte  
con la estrella del mal.

Bien hizo en desecharme  
la ingrata de su lado,  
que hubiera naufragado  
en calma su bajel;  
Pronto lo anegaría  
el raudal de mis ojos,  
al llorar los enojos  
de su fiero desdén.

Adiós, velera nave  
que con mi dicha vuelas,  
lleve el viento tus velas  
muy lejanas de mí.  
Quizás nos encontremos...  
esperanzas fatales,  
que van bienes y males

hacia opuesto confín.

A ti, nave dichosa  
como el aura ligera,  
te aguarda una rivera  
y un puerto de solaz;  
¡ay del que va cruzando  
solo, con rumbo incierto,  
sin riveras, ni puerto  
de la vida en el mar!

¿Qué me queda en el mundo?  
Amistad... Negro amaño.  
Amor... Vil desengaño.  
Riquezas... Ansia cruel.  
¡Sólo queda una gloria  
tras amargura tanta:  
la que más nos encanta,  
la gloria del saber!

Tal David en las playas  
de la mar extendida  
del alma dolorida  
da a los vientos la voz,  
viendo ausentarse ingrata  
la mujer cuyo encanto  
un tiempo gozó tanto  
felice con su amor.

### XIII

«¡Quiero saber! ¡Mientras vegeta el mundo  
yo veré de ese mundo los arcanos,  
y elevándome a un orbe más fecundo  
los misterios leeré de los humanos!

Goce el hombre sus horas indolentes;  
mientras cruza su vida transitoria  
yo a otro cenit elevaré mi frente  
con fe en el corazón, y ansia de gloria.

Mas no la gloria que el guerrero alcanza,  
si unos de flores su camino riegan  
maldicen otros su triunfante lanza

y aquellas flores con su llanto anegan.

Mas no la gloria que los hombres mienten  
en sus victorias ostentando ufanos  
negros despojos que su triunfo alienten,  
en las sienes laurel, sangre en las manos.

¡A más alta región se eleva el alma,  
en más alta virtud la gloria estriba;  
doble florece su gigante palma  
entrelazada con la verde oliva!

¡Quiero saber! ¡Y por la ciencia un día  
mediré espacio y luz, y sombra oscura,  
las recias olas de la mar bravía,  
también del cielo la ignorada altura!

¡Comprenderé de Dios el poderío,  
tal vez acierte su divina esencia,  
que ha de elevarse el pensamiento mío  
hasta del alto Dios sobre la ciencia!

Y aquese mundo que vegeta ciego  
despertarán mis cantos divinales;  
de mi saber el esplendente fuego

la mente inundará de los mortales.

Sabré algún día cuanto el Orbe encierra,  
y en recorriendo desde el mar profundo  
hasta el confín de la anchurosa tierra,  
leeré en la inmensa eternidad del mundo.

Me lanzo de otro espacio a las regiones,  
con su laurel la gloria me convida  
a gozar ignoradas sensaciones,  
encantos nuevos, y doblada vida.»

Tal exclamó David; con ansia loca  
mil libros repasó rápidamente,  
que otra ilusión de nuevo le provoca,  
y es la que halaga más a nuestra mente.

Así pasaba un día y otro día  
y nunca el lauro de la ciencia hallaba,  
su negra cabellera encanecía,



los libros con sus lágrimas regaba.

¡Triste David! Contempla al alto cielo  
entre otras del saber la lumbre bella;  
¡la encontramos... morir! ¡Nos falta el vuelo!  
Quien de la ciencia alcanzará la estrella.

Descubre una verdad, tras otra corre,  
y siguiendo afanoso la cadena  
nunca imagina que sus huellas borre  
la ley horrible que a morir condena.

Por fin estas verdades conociendo  
se fue de su ilusión desengañando,  
de esta manera con dolor diciendo  
sus libros tristemente deshojando:

«Haces bien, corazón, si al aire lanzas  
esos libros fatales que deshojas:  
tal vuelan de mis dulces esperanzas  
secas al llanto las nacientes hojas.

Cenizas han de ser vuestros renglones,  
¡ni una palabra! ¡que os abraze el fuego!  
¡Tal brillasteis hermosas ilusiones  
todas en humo convertidas luego!

¿Qué supe? ¿Qué logré? ¡Sólo pesares!  
En vano el hombre con la ciencia lidia,  
¡qué inquietud! ¡cuántas dudas ¡qué de azares!  
¡Hasta mi sueño acibaró la envidia!

De la ciencia corrí tras los acasos;  
pero ¡ay! ¡si el hombre su camino advierte,  
apenas sienta sus primeros pasos  
en los muros se estanca de la muerte!

¡De qué sirve esa ciencia, si perdida  
con el breve vivir su vuelo tasa,  
y negando sus luces a otra vida  
señala un punto que ninguno pasa!

¿De qué sirve esa ciencia lisonjera?  
Ni podrá iluminar el caos profundo,  
ni detener del tiempo la carrera,  
ni elevarnos al cielo de otro mundo.

¡Ni alargar nuestra vida transitoria,  
ni gozar de otros orbes la belleza,  
ni ver en las regiones de la gloria  
del rojo sol la espléndida grandeza!

Sólo al mal sus laureles nos acercan,  
y que angustiado el corazón deplora  
los eternos pesares que le cercan:  
¡más dichoso será quien más ignore!

¿Qué te sirve esa gloria tan querida?  
Amargar los instantes que apetece  
por las dulzuras de ilusoria vida,  
no vivir nunca por vivir dos veces.

Nada existe que al tiempo no sucumba,  
todo perece a su poder rendido;  
el hombre de la nada hacia la tumba,  
sus glorias al sepulcro del olvido.

¡Tal vez donde la mar tiene su asiento  
se ostentaron magníficas ciudades,  
sepultos bajo el líquido elemento  
lauros sin fin de incógnitas edades!

Tal vez de los desiertos las arenas  
los despojos serán de mil naciones,  
un tiempo de esplendor y gloria llenas,  
hoy juguete a sus recios aquilones.

¡Necio del que inmortal juzgue la gloria!  
¿A qué tras ella con afán corremos?  
Del mundo por vivir en la memoria  
no gozar de la vida a que nacemos.

¡Adiós mis anheladas ambiciones,  
que ya miro en la aurora de mis años  
la fuente de mis dulces ilusiones  
en manantial de acervos desengaños!

#### XIV

«¡No puedo más! ¡detén, detén tu vuelo

ave ligera de encantadas plumas  
que supiste elevar mi fantasía  
de la dicha inmortal al alto cielo;  
detén felicidad mi loco anhelo  
si he de ver en un día  
nacer y marchitarse,  
secas al fuego de mi amargo llanto  
de la dulce ilusión que amaba tanto  
mágicas flores que el placer vestía!

¡Detente por piedad! ¡Oye mis quejas!...  
¡Ay! ¡por qué me enseñaste  
ilusión tan gloriosa,  
si después enojosa  
de sueño tan feliz, de tal ventura  
el bien me robas y el pesar me dejas!

Yo vi de un ángel bello  
la plácida sonrisa,  
besé sus labios, y ceñí su cuello...  
mas luego desmayose  
en letargo profundo,  
y llorando me dijo:  
mi pureza empañaste,  
tú me lanzas de aquí, tú me mataste

después bajo las alas  
de otro arcángel divino  
de la ambición soberbia y poderosa  
vi relumbrar las seductoras galas;  
a su sombra orgullosa  
el alma cobijé por un instante,  
y ¡ay! ¡cuán poco reposa!  
¡qué inquieta y anhelante  
sin cesar suspiraba congojosa!

Quise partir de allí, vano deseo;  
de las guirnaldas bellas  
con que adorné mis brazos  
vi desprenderse las pintadas hojas,  
y convertidas luego  
¡ay! ¡en cadenas de encendido fuego!  
¡Quise huir, pero en ellas  
mi triste corazón dejé en pedazos!

Desgarrando

las cadenas  
terrenales,  
fui cruzando  
las regiones  
divinales.

Una nube  
refulgente  
me elevaba,  
y un querube  
con su mano  
me guiaba.

Y la tierra  
se perdía;  
breve punto  
parecía.

Y los mares  
de estos suelos,  
breves perlas  
de los cielos.

Y campos  
floridos  
con mares  
unidos,

un ramo  
que se ata  
con cintas  
de plata.

Después gota  
de rocío  
sobre el cáliz  
de una flor,  
que remota  
disminuye  
lentamente  
su grandor.

Ya tocando  
de otros orbes  
el celeste  
claro tul,

se ve apenas  
nuestro globo,  
cual lejano  
punto azul.

Mas ya  
se fue,  
por fin  
huyó;  
quizás  
lo ve  
no más  
el sol.

Esferas  
corriendo  
a un punto subí,  
do el alma  
divina  
se parte de mí.

Surcando  
torrentes  
de vivo arrebol  
un ángel  
del cielo  
las puertas la abrió

En mares  
se inundan  
de mágica luz,  
sus alas  
flotantes  
cual ligero tul.

Acentos  
sonoros  
resuenan do quier,  
que otra alma  
del cielo  
las regiones ve.

Y las auras  
la adormían,  
y mecían  
por el celeste confín

o libaba  
con sus huellas  
las estrellas  
por alfombras del zafir.

En los aires  
bullidores  
crecen flores  
de purpurino color;  
cuando el alma  
va girando,  
va cruzando  
aromas, luz, aura y flor.

Los delicados sonidos  
que los céfiros derraman  
hacia otra región la llaman:  
sigue los ecos perdidos  
y va a buscar en su vuelo  
los encantos de otro cielo.

Un mar apacible  
que sereno mueve  
sobre olas de fuego  
espumas de nieve.

Que tiene por playa  
el céfiro puro,  
y bordan luceros  
el diáfano muro.

En medio del lago  
de opuesto elemento  
que es luz sus esferas  
y aire su cimiento.

Reverbera  
de una lumbre  
esplendente resplandor;  
alta hoguera  
cuya cumbre,  
es el templo del Señor.

Columnas sin cuerpo,  
con almas divinas  
engastada;

de aureolas purpúreas,  
y estrellas lucientes  
coronada.

Las gasas de fuego  
que forman las ondas  
trasparentes blondas  
de otros orbes son;  
do en onda tiniebla  
tan sólo derrama  
su luz una llama  
de rojo fulgor.

El Dios de los mundos  
tranquilo se asienta;  
el sol es un rayo  
de su gloria excelso;  
luceros brillantes  
ornan su diadema,  
y la luz sin fuego  
de Dios reverbera  
el purpúreo manto  
bordados de estrellas.

Bellos serafines  
cantando le cercan:  
«Gloria al Dios potente,  
Dios de las alturas,  
de delicias fuente  
y mar de venturas...  
gloria al Dios clemente!»

En globos de fuego  
y límpida nieve  
sus alas ligeras  
los ángeles mueven;  
ni el hielo les daña,  
ni el fuego les hiere,  
cruzando las olas  
del mar transparente.

Arriba se ostentan  
brillantes luceros  
que cruzan ligeros  
por la esfera azul;  
abajo entre sombras

tan sólo destella  
rojiza centella  
que muere en su luz.

Arriba las auras  
aliento divino,  
el globo argentino  
recorriendo van;  
el fuego debajo  
abrasa el profundo,  
al soplo iracundo  
de recio huracán.

En lo alto resuenan  
los ecos sentidos,  
los dulces sonidos  
de algún serafín,  
que a Dios adorando  
sus fines predice,  
y en calma bendice  
sus glorias sin fin.

¡Debajo resuenan  
eternos quejidos  
de pechos heridos  
por fiero dolor,  
que la eterna gloria  
que el malo no alcanza,  
ve, sus esperanzas  
maldiciendo a Dios!

Los que el cielo habitan  
bendecidos seres.  
¡Más dulces placeres  
no podrán gozar;  
los que ven su gloria  
en llamas ardiendo  
dolor más horrendo  
no pueden penar!..

¡El Dios soberano  
con tranquila calma  
la región del alma  
contemplando está;  
con ojos de fuego  
que el rayo fulgura



su región impura  
contempla Satán!

Al Señor le cercan  
Ángeles, querubes,  
esplendentes nubes,  
purpúreo arrebol.  
La virtud llorosa  
del mundo lanzada  
allí coronada  
de vivo esplendor.

El saber ornado  
de lauro y venturas,  
las vírgenes puras  
fuente de placer,  
que elevan triunfantes  
las gloriosas palmas,  
templos de sus almas  
y almas de su bien.

Arcángeles puros  
meciendo su cuna,  
y estrellas, y luna,

luceros y sol;  
de luz y alegría  
eternos raudales,  
ricos manantiales  
de dichas y amor.

De Satán el templo  
la rabia sostiene,  
y a su lado tiene  
la venganza vil;  
sierpes iracundas,  
hidras rencorosas,  
fuentes venenosas  
de males sin fin.

¡Doliente agonía,  
manantial de llanto,  
raudal de quebranto  
y de angustias mar;  
torrente de fuego  
do el alma penando

vive contemplando  
el bien divinal!

Allí la ignorancia  
de su densa niebla  
los ámbitos puebla  
ornada la sien,  
del crimen sangriento  
manchadas sus flores;  
seguida de horrores  
estragos y hiel.

El vicio triunfante  
sus hazañas cuenta,  
sus lauros ostenta  
la infame traición;  
la maldad y el dolo  
la siguen do quiera;  
la envidia rastrera  
marchita el dolor.

Parodia del cielo  
la música tierna  
cuya voz eterna  
se oye sin cesar,  
Un ¡ay! dolorido,  
¡angustiado acento  
que el remordimiento  
lanza en su penar!

Yo miré sus ojos  
por el llanto secos;  
sus acentos huecos  
dicen... ¡maldición!  
Y extiende una mano  
que sangre derrama,  
y hacia sí me llama  
con incierta voz.

Por do quier me sigue,  
¡ay!... ¡que a mí se avanza!  
¡ay!... ¡que ya me alcanza...!  
¡Que me abraso ya!  
¡Perdón, cielo santo,  
mis angustias calma!...  
¡¡Detente, que mi alma

benedicida está!!

¡Sí, que ese Dios clemente me amparaba,  
que cuando al mundo vino a redimirme;  
dijo que mis pecados perdonaba  
dejándome lugar de arrepentirme!

¡Fui pecador! ¡En su bondad confío!  
¡Adiós campo fatal en que corría  
de la maldad el ominoso río  
do el vendaval del crimen me impelía!»

¡Ay del mortal, si pierde esa esperanza  
bálsamo dulce a su dolor profundo!  
¡Ay del día en que caiga a su asechanza  
la magnífica fábula del mundo!

## XV

«¡Adiós! ¡Por siempre adiós, mundo maldito!  
¡Que si gocé tu fausto y tu riqueza  
la base de mi dicha fue el delito,  
y él las puertas me abrió de tu grandeza!  
¡Por él vi de tus glorias lo infinito,  
sin él la humillación de la vileza...  
hice cual muchos, su virtud deprimen  
al ver en ti santificado el crimen!

¡Qué pesa de un mortal la villanía  
de tu maldad sin fin en la balanza  
si plaza de engañosa mercancía  
quien en ti arriesga más, menos alcanza;  
si el corazón que en tus halagos fía  
víctima viene a ser de tu asechanza,  
y si brota un placer tu inmundo, cieno  
lo marchita el raudal de tu veneno!

Dime, mundo cruel, ¿qué te debí?  
¡Un desengaño a mi sincera fe,  
las lágrimas acerbas que vertí,  
los dolientes suspiros que exhalé,  
los intensos dolores que sentí  
cuando ilusiones de placer soñé,  
pena por gloria, cambio por favor,

guerra por paz, desdenes por amor!»

Tal exclama David, en su tormento:  
«¡Ay del que vaga por la niebla oscura  
buscando con la luz del pensamiento  
el anhelado puerto de ventura!  
¡Ay del que fía su vivir al viento  
tras una estrella que brilló insegura,  
y sólo alcanza sollozando enojos  
el llanto acervo de sus tristes ojos!

¡De qué sirve el saber! ¡De qué la gloria,  
si del tiempo el poder todo lo entierra  
cuanto dura en el mundo esa memoria  
en que el renombre su laurel encierra,  
si hasta del tiempo la remota historia  
tendrá su fin sobre la frágil tierra,  
cuando sepulte Dios omnipotente  
mundo, tiempo y esfera eternamente!

Este es el mundo. Si riquezas tienes,  
¿qué te contrista dí? Más oro anhelo.  
Y tú magnate que afligido vienes...  
Quisiera más poder... Tú que en el suelo  
con mil conquistas tu esplendor mantienes,  
¿qué mas anhelas? ¡Extender su vuelo!...  
¿Con que nadie hay feliz sobre la tierra?  
¡Nadie feliz en cuanto el Orbe encierra!

Triste es decir un alma enamorada  
«¡Adiós mujer por siempre te he perdido!»  
Cuando ella de su dicha idolatrada  
único aliento y esperanza ha sido.  
¡Ay! ¡Despedirse de la gloria amada!  
¡Llora a torrentes corazón herido!  
¡Nave infeliz que surca entre pesares  
y es viento su dolor, su llanto mares!

¡Bella mujer que idolatraba un día  
al cielo de mi bien blanco querube,  
adorada mitad del alma mía  
si algo del alma al adorarte tuve!  
¡Sueño fugaz de ardiente fantasía,  
de mi gloria al cenit brillante nube,  
Arcángel celestial, dulce paloma,  
y al pensil de mi amor mágico aroma!

¡Adiós María! ¡El ánimo doliente  
al partir de ese mundo acongojada,  
aun ausentarse de su halago siente  
a ti volviendo la postrer mirada!  
Única estrella que brilló esplendente  
en medio la tormenta encapotada;  
¡qué importa que su luz fuera fingida  
si lumbre fue de mi apagada vida!

¡Arroyo cristalino que escuchaste  
de nuestro amor los dulces juramentos  
y del alma el suspiro murmuraste  
al resonar del alma los acentos,  
y a tus claros espejos enturbiaste  
al raudal de mis hondos sentimientos,  
nunca mi voz en murmurar te ensayes  
si ya no quieres murmurar mis ayes!

¡Mas no! ¡Sigan tus hondas susurrando,  
que si mis ojos lágrimas vertiendo  
han ido sus caudales aumentando  
y mis ayes tus linfas recogiendo,  
debes correr mi pena contemplando  
lágrimas y ayes tu caudal uniendo;  
que juntos los arrastre la corriente  
pues juntos brotan de la misma fuente!

Árboles cuya sombra cobijaba  
dos corazones que el amor unía,  
fuente cuyo cristal nos retrataba,  
aura que nuestro acento recogía,  
jardín cuyas esencias aspiraba  
si el céfiro sus hálitos bebía,  
árboles, fuente, céfiros y flores  
¿Qué hicisteis de mis plácidos amores?

¡Caen del árbol las hojas desprendidas,  
de la fuente se enturbian los cristales,  
las auras por los vientos combatidas  
huyen a los desiertos arenales,  
de la selva las flores más queridas  
son juguete de airados vendavales;  
árbol y fuente, céfiros, y flores  
todos remedo sois de mis amores!

¡Es adorno del árbol su verdura,  
de la fuente la linfa cristalina,  
el céfiro respira en la espesura  
la esencia de esmaltada clavellina;  
árbol, céfiro, flor y fuente pura  
despejad que el invierno se avecina  
como mi amor huid! ¡también son flores  
del jardín de la vida los amores!

Ella ha sido el raudal de mi contento,  
de sus tiernas caricias al arrullo  
se adurmió mi agitado pensamiento,  
de mi vida a la flor dulce capullo;  
al escuchar su enamorado acento  
soñó mi corazón con su murmullo  
quiso tocarle, pero huyó liviano,  
¡quién las huellas tocó del aire vano!

¡Aire! ¡Viento no más esos sonidos  
que con mágico son parten vibrando,  
de las cuerdas del alma desprendidos  
en el centro del alma resonando!  
Del corazón suspenden los latidos,  
el vuelo a sus pasiones agitando...  
¡No es aire nada más, no es sólo viento  
esa voz, manantial del sentimiento!

¡No! que ese acento que del alma brota  
y de otras almas en el centro suena,  
del divino saber es una nota  
que espíritus distintos encadena;  
ya el triste corazón la ve remota,  
su voz sólo en los ámbitos resuena  
do quier la busco, en mi pesar deliro,  
¡no hay nadie que responda a mi suspiro!

¡Ay madre mía! ¡Si mi llanto vieras  
con tierno afán aunque causé tu llanto  
las lágrimas dolientes recogieras  
de aquel hijo cruel que adoras tanto!  
A su triste gemido respondieras  
por el suyo olvidando tu quebranto,  
y si calmar su pena no podías  
con el suyo tu llanto verterías.

¡Sí madre, sí, que tu perdón me espera;

el cariño de un padre nunca muere  
goza un placer si un hijo le ofendiera  
la culpa al perdonar que cometiere;  
cuanto mayor su desventura fuera  
con más delirio el corazón le quiere...  
en cuanto abraza el universo entero  
sólo el amor de un padre es verdadero!

Pronto a tus brazos volveré anhelante;  
pronto en tu seno mi cariño fijo  
faltas resarciré de mal amante  
perdonándome culpas de mal hijo;  
yo como nunca os amaré constante  
tórtolas tristes por quien hoy me aflijo,  
y los tres gozaremos amorosos  
bienes sin fin, tranquilos y dichosos.

## XVI

Blanca paloma  
que vas rasgando  
la azul esfera,  
vuelve a tu nido  
que en él te espera  
arrullando  
tu compañero querido.

¡Vuelve a tu selva  
tórtola triste  
que vas gimiendo  
ayes de amores,  
torna corriendo  
que sufriste  
de la ausencia hartos rigores!

Nave que surcas  
sin rumbo cierto  
la mar bravía,  
sin una estrella,  
tu noche umbría,  
hacia el puerto  
dirige la incierta huella.

David se alejaba

del mundo engañoso  
do un tiempo soñaba  
el bien más cumplido,  
así cual paloma  
que vuelve a su nido  
del arpón herida;

cual tórtola triste  
que torna al desierto  
donde fue dichosa;  
cual nave perdida  
que encuentra afanosa  
al ansiado puerto.

¡Y es dura pena  
volver llorando,  
por los lugares  
donde otro tiempo  
fuimos cantando!  
¡Ay mariposa!  
Eres dichosa  
porque tu vuelo  
nunca reposa;  
libas las flores  
y huyes ligera;  
nunca te acojas  
a sus colores  
si ver no quieres  
aquellas hojas  
secas, marchitas,  
a los rigores  
del sol tirano,  
después juguete  
de aire liviano.

Quien de la vida  
tras los placeres  
corre anhelante,  
¡ay! ¡que no apure  
el deleitoso  
cáliz dichoso;  
que de besarse  
las tiernas flores  
suelen secarse!...

¡De la esperanza



al tierno tallo  
nunca te acojas;  
liba ligero  
sus dulces hojas;  
el vuelo sigue,  
a otras avanza,  
si no en tu daño  
verás trocarse  
de la esperanza  
la flor querida,  
en tronco seco  
de un desengaño!

David con ansia  
sigue el camino,  
amarga senda  
de su destino.  
Cruzando fueron  
soles, y sales,  
y ya cercano  
al fin que anhela  
halló al anciano  
que a su partida  
con voz dolida  
de dio un consejo.  
¿Al fin volviste?  
(Le dice el viejo.)  
¿Qué es de tu gloria?  
Mentira fue.

¿Y la fortuna?  
¡No la encontré!  
¿Y los placeres?  
¡Su hiel bebí!  
¡Serás un sabio!

¡Sólo aprendí  
que nada sé!...  
¡A mi retiro  
me vuelvo ya!...  
¡Conque a tu dicha  
todo ese mundo  
te sobraré!...

Aquí a mi lado  
quedarte puedes.

No, que aún espero  
la última dicha,  
junto a una madre  
bálsamo dulce  
de mis dolores;  
y allí se mece  
la flor primera  
de mis amores.

¿Conque aún espera?...  
La triste calma  
del infortunio  
gozar el alma.  
¿Y esos placeres  
no te dirán,  
que más pesares  
te aguardarán?

¡Aun has pensado  
que en el reposo  
serás dichoso:  
eso hace ver  
que aún puedes ser  
más desdichado!

¡De todas las ilusiones  
que sueña el alma importuna  
la peor  
es pensar  
que no nos queda ninguna!

¡Cuán tristes fueron mis perdidas horas!  
¡Ni un momento feliz gocé de calma,  
brota mi pecho el llanto que atesoras,  
fuente del corazón, raudal del alma!

¡Ay madre mía! En plácido reposo  
los días vi cruzar en mi floresta,  
no me faltaba para ser dichoso  
más que saber lo que la dicha cuesta.

¡Yo soñé en la ventura y la esperanza,  
y de la gloria estuve a los umbrales;  
sombras no más que el pensamiento alcanza,  
que sombras son las pompas mundanales!

Con corta vida, mas con largos años,  
me ausento de ese mundo arrepentido,  
lleno mi corazón de desengaños...  
tantos como ilusiones he tenido.

¡Tras una estrella, mas con rumbo incierto  
náufrago fui que en alterados mares  
bogueé sin norte y al dichoso puerto  
me acompañaron sólo mis pesares!

Y así como recuerda el marinero  
con placer la tormenta ya pasada  
lo mismo, salvo ya, recordar quiero  
¡Ay! ¡de mi vida la tormenta airada!

¡Pues ellas son del infeliz aliento  
me alejo solo con las penas mías,  
cavando, Cenovita, en mi tormento  
la eterna tumba de mis breves días!

¡Lloraremos los dos nuestra amargura  
cual pájaros que hirió la misma flecha,  
y van a derramar en la espesura  
su pesadumbre en lágrimas desecha!

Recordando los días de bonanza  
contaremos también sus desacuerdos...  
Suele a veces perderse la esperanza  
pero nunca se pierden los recuerdos.

## XVII

¿Qué melancólico son  
al toque de la oración  
tristes murmuran los ecos?  
¿Por qué esos sonidos huecos  
penetran el corazón?

¿Qué fiero pesar oprime  
a aquella pobre aldeana  
y religiosa, cristiana,  
por qué arrodillada gime  
al doblar de esa campana?

¿O está anunciando algún mal  
el resplandor funeral  
de melancólica luz,  
que ilumina desigual  
la efigie de aquella cruz?

¿Y las mujeres, y ancianos  
de la comarca habitantes,  
por qué llegan anhelantes  
ocultando entre sus manos  
los afligidos semblantes?

El llanto ocultan; y ¿a qué?  
O es que temen aumentar  
de esa mujer el pesar,  
que está de una caja al pie  
¡sollozando sin cesar!

¿Qué deuda de gratitud  
van a pagar afligidos  
a los pies del ataúd?  
¡O es que riegan doloridos  
la palma de su virtud!

¡De quién serán los despojos  
en que la muerte se ostenta,  
reflejando con enojos  
esa luz amarillenta  
la muerta luz de sus ojos!

Su cándida frente liba  
una corona que enlaza  
pensamiento y siempre viva,  
que así a su muerte lo emplaza  
y nadie su gusto esquiva.

Sin más gala que una perla  
que aún de sus párpados pende  
y triste dijo al verterla;  
sólo podrá recogerla  
quien de mi llanto se ofende.

Vela su ajada hermosura  
del pecho a la planta breve  
ligero cendal de nieve,  
que envidiando su blancura

sólo a esconderla se atreve.

A falta de otros primores  
orna sus muertos colores  
de adelfas una guirnalda,  
que está embozando flores  
en los pliegues de su falda.

La luz sus fulgores niega,  
la flor su belleza esconde,  
la gente en llanto se anega  
y a oculto dolor responde  
aire, flor, y luz y vega.

No es de extrañar su tormento,  
sus primores aumentaban,  
las flores que la adornaban,  
bebió su perfume el viento  
y las gentes la adoraban.

¿Por quién el llanto se vierte?  
¿Por quién desdeñes gemía  
y fue su pesar tan fuerte,  
que sólo el mal que sentía  
acabar pudo la muerte.

Tal moribunda decía  
con voces desgarradoras  
cuando la aurora nacía,  
y a sus luces, despedía  
de su vida las auroras:

«¡Ay luz que el espacio anegas!...  
¿Por qué si tanto te adoro  
la luz de mis ojos ciegas,  
y su brillante tesoro  
a mí tan sólo me niegas?

¡Ya no te veré jamás  
rayo que me alumbras hoy,  
y en el mundo brillarás  
más esplendente quizás  
mientras del mundo me voy!

Yo me voy con mis dolores,  
tú te quedas con tu encanto,

tú entre rayos brilladores,  
yo cegando a los rigores  
de la niebla de mi llanto.

¡Ay!... ya el alma desprendida  
quiere a su centro volar,  
que viniste luz querida  
con tu destello a apagar  
el resplandor de mi vida.

¿Qué me dejas vida ingrata?  
¡Una caja y una cruz!  
¡Bello es ver cuál se dilata  
aunque creciendo nos mata  
del mundo la última luz!

Ya no veré de ese sol  
los destellos esplendentes,  
ni los celajes lucentes  
entre el purpúreo arrebol  
de las auroras nacientes.

Ni de los mares las brumas,  
ni de las aves las plumas,  
ni de los ríos las ondas;  
ni las transparentes blondas  
de sus nevadas espumas.

¡Pero ay! cambiaré dichosa  
los encantos que deploro,  
por una voz cariñosa,  
una mirada amorosa  
del ingrato a quien adoro.

Hermoso el cielo será  
mas no calma mi desvelo,  
que al desprenderme del suelo  
en el mundo quedará  
de mis venturas el cielo.

¡Ay! ¡que ya la muerte esquivo  
mi respiración muriente!...  
Guardadle si a tiempo arriba  
esta flor que orna mi frente,  
cual mi pasión siempre viva!

¡Dad otra flor a mi bien  
de las que ciñen mi sien  
y pensamiento se llama,  
el fecundizó su rama,  
recoja el fruto también!

¡Y al regalarle esa flor  
que no extrañe tal favor,  
que hasta el último momento  
guardamos un pensamiento  
a quien nos mata de amor!

¡Las adelfas me he guardado  
porque amarga su verdura,  
y hasta la honda sepultura  
galas son del desdichado  
las flores de la amargura!

¡Ay! Por allí se marchó  
y a mis suspiros cruel  
sollozando me dejó,  
tras glorias mentida él  
con ciertos pesares yo.

¡Ya estoy viendo confundida  
en las sombras de la muerte  
la lumbrera de mi vida,  
y aún no he pensado en perder  
dulce asperanza querida!

Con afán la muerte espero,  
con ella el pesar sucumba,  
que es un dolor harto fiero  
en el dintel de la tumba  
vivir diciendo: ¡me muero!

¡Con cuánta opresión respiro!  
¡Adiós luz! ¡En vano miro!  
¡Todo es sombra! ¡Ya no viera  
si amante y tierno volviera  
el mortal por quien deliro!

¡Vanos mis esfuerzos son  
aunque mi pecho se inflama  
quiero llorar mi pasión  
y su llanto se derrama

en mi herido corazón!

¡Dónde más fiero sufrir  
si en mi angustiado pesar  
suspirando he de vivir,  
con alma para sentir,  
sin ojos para llorar!

¡Una lágrima y dos flores  
he dejado a tu memoria,  
esencia de mis dolores,  
lágrima de mis amores  
de penas mil clara historia!

¡Que la lágrima postrera  
que en el mundo derramamos  
brota del alma sincera,  
y el mal de la vida entera  
en su espejo retratamos!

¡Y esa perla que se vierte  
del estertor en la calma  
a opuesto fin se convierte,  
es la gala de la muerte  
por la libertad del alma!

Por eso sois tan sentidos,  
signos que de almas a vidas,  
sois los ecos doloridos,  
que se rinden confundidos  
las eternas despedidas.

¡Ya no puedo... en vano lucho!  
Aunque a mi amante no viese  
feliz si su acento oyese...  
Pero ¡ay! ¡ni mi voz escucho!  
Ni aun le oyera si volviese.

¡Ya... ni hablar... triste deseo!  
Esta lágrima para él,  
que en Dios y en él solo creo...  
aunque me engañó, ¡cruel!...  
¡Ya ni hablo... ni oigo, ni veo!...»

Esto dijo; y cual la llama  
que al dar el postrer fulgor



con doble rayo se inflama,  
y más luciente derrama  
el incierto resplandor.

Lo mismo Isabel moría,  
y cuando al cielo subía,  
sobre su semblante bello  
con más resplandor lucía  
de su hermosura el destello.

¿Mas quién sus plantas besando  
al pie de la caja reza?  
¡Otra infeliz que penando  
fue, sus ayes parodiando  
compañera de tristeza!

Todos ven su contrición  
y acompañan su aflicción:  
Mas... por qué huyen de repente  
diciendo con voz doliente:  
«¡su sombra! ¡condenación!»

Haciendo cruces se fueron,  
y el vulgo todo se asombra,  
que sin cesar repitieron  
por los sitios que corrieron:  
¡Maldición de Dios, su sombra!

Y así en rápido correr  
huye la gente afanosa;  
sólo queda una mujer  
que está mirando doquier  
admirada y silenciosa.

De pronto se estremeció,  
un hondo grito lanzó,  
y con espanto se asombra,  
«¡habla, David!» exclamó,  
«respóndeme... o es tu sombra.»

Y a no saber la virtud  
de aquel corazón tan tierno,  
creyera al ver su actitud  
que viene por su ataúd  
un arcángel del averno.

Pálido rostro, alterado,  
mirada sañuda y fiera,  
cabello desordenado,  
muda voz, faz altanera,  
y respirar angustiado.

Mas rompe el silencio mudo  
que el corazón le acongoja,  
y lanzando un ¡ay! agudo,  
entre afligido y sañudo  
sobre el cadáver se arroja.

¡Es David!... ¡A ella se lanza!  
¡Mas quién a expresar alcanza  
el sentimiento cruel,  
con que abrazando a Isabel  
llora su muerta esperanza!

¡Ay! ¡respetad sus enojos,  
que hay en la vida un momento  
en que del dolor despojos,  
todo es lágrimas los ojos  
y el corazón sentimiento!

¡Todo es silencio y pavor!  
David en el suelo inerte,  
su madre en hondo estupor:  
es la imagen del dolor  
que está velando la muerte.

## XVIII

«¡Tierra de maldición! abre un camino  
que fuera de tus ámbitos me aleje,  
primero que sucumba  
y entre tu cieno mi cadáver deje:  
¡cárcel del orbe, aborrecida tumba!

¡Si he de mirar mientras respire el pecho  
a la cadena de tu barro inmundo  
la vida aprisionada,  
o hacia la nada descender del mundo,  
mejor que el mundo anhelaré la nada!

Arrastre el hombre la existencia triste  
y abortado reptil lama la tierra,  
sufran otros en calma  
del alma y corazón la ardiente guerra,  
¡fuego es el corazón! ¡aire es el alma!

¡Fuego que alienta nuestra breve vida,  
aire que agita nuestro ser liviano  
y a la par mueren luego;  
su espíritu desecho en aire vano,  
en vil ceniza convertido el fuego!

¡Todo ilusión! ¡Tras de la tumba nada!  
¡Y a que ese Dios cuyo saber se admira  
lanzándonos al suelo,  
de otro mundo halagó con la mentira  
fingiendo glorias de ignorado cielo!

¿A qué ese Dios cuyo poder asombra  
un poder inmortal al hombre niega?  
¡Hay solamente un rayo  
de esa luz divinal que en Dios se ciega  
o es de otra luz un lánguido desmayo!

¡Por qué temiendo la altivez del hombre  
su ser maldice, y al dolor le lanza  
siendo sólo su hechura,  
a que luego mentir una esperanza  
de mal mayor o de mayor ventura!

A qué la duda del infierno, y gloria  
¡sufre! le dijo, de mi enojo el yugo;  
¡mientras dure tu aliento,  
enlutará tus glorias un verdugo!»  
¡Y le dio por verdugo el pensamiento!

¡Sufre! le dijo, mi venganza fiera;  
ojos te doy para admirar mi altura,  
y doy a tu desvelo  
sueños dorados de feliz ventura;  
pena al sentido, al corazón anhelo!»

Sufra su enojo quien cobarde nace  
temiendo más la eternidad mentida  
que el dolor de la muerte,  
otro Dios es mi Dios, sólo una vida,

y es viento nada más, ¿o polvo inerte?

Y si ese Dios altivo y poderoso  
el aliento nos da que respiramos  
no es su poder bastante;  
si él dijo al hombre: sea, y alentamos,  
su obra puede romper en un instante.

¡Y si he de ver mientras respire el pecho  
a la cadena de su barro inmundo.  
La vida aprisionada,  
o hacia la nada descender del mundo  
mejor que el mundo anhelaré la nada!

Y al darse muerte con su propia mano,  
«detén la diestra murmuró un acento  
a esta voz que te llama;  
¡voz divinal del alto firmamento!  
¡oculto rayo que la fe derrama!

Quién eres tú que de la nada naces  
pobre gusano de la tierra inerte,  
que tu ser olvidando  
la cólera provocas de la muerte  
que el sueño de tu vida está velando.

Tu espíritu inmortal, ¿a quién le debes?  
Solo en despojos a la infausta tierra  
deja el polvo que habita;  
si vil gusano el corazón se entierra  
a otra región su ser vuela y se agita.

Maldito está quien a mi voz rebelde  
ante mi rostro la cerviz levanta;  
¿no sabes que a su acento  
se humilla de ese Dios bajo la planta  
hasta el sol que ilumina el firmamento?

¡Ignoras que ese Dios a todo alcanza,  
y están do quier sus invisibles huellas,  
del cielo que te asombra  
ornando su corona las estrellas,  
sus luceros sirviéndole de alfombra!

¡Ignoras de ese Dios el poderío  
que el orbe cimbra si la planta mueve,

que es la gloria su cuna,  
y ve cual ruedan a su impulso leve  
el rojo sol y la argentada luna!

¡Ignoras que la luz, mar, cielo y tierra,  
respetan de ese Dios divino y fuerte  
el misterioso arcano,  
que a cielo, tierra y luz, da vida y muerte,  
y un mundo abarca su potente mano!

¿Qué del tiempo fugaz las horas mide,  
qué los tranquilos mares embravece,  
qué lanza la tormenta,  
del orbe los cimientos estremece  
y en él sepulta cuanto en él alienta?

¡De los aires el ímpetu detiene,  
y ni una letra su saber olvida,  
de la eternal historia;  
brota su aliento gérmenes de vida,  
tiene a sus pies el templo de la gloria!

¡Qué viste al mundo con encantos nuevos  
qué ciega el manantial de sus placeres,  
qué sepulta, y envía  
nuevos objetos y distintos seres,  
generaciones mil en sólo un día!

¿Quién te dio esa razón con que enloqueces?  
¿Quién la antorcha te dio del pensamiento;  
y qué ley te esclaviza?  
¡La lumbrera apagar en un momento  
quién es de esa lumbrera la ceniza!

¡Dudas de su saber y su grandeza  
porque ese mundo de miserias lleno  
no halagó tu memoria,  
y hallar quisistes en su inmundo cieno  
del bien la dicha, del saber la gloria!

¿Ignoras que esta vida es el camino  
que nos conduce a la eternal morada,  
o a eterno desconsuelo;  
que ese mal o esa gloria ambicionada  
son las columnas del divino cielo?

No vienen de ese Dios tus desventuras,  
él te dio una razón, un albedrío  
y libre pensamiento;  
¿por qué culpar tu ciego desvarío  
al que vida te dio, luz tierra y viento?

¿O en el valle del mal la dicha esperas?  
Del altivo valor que hiciste alarde  
es miedo solamente,  
la justicia de Dios temes cobarde  
y buscas una duda que te aliente.

Tal vez el mundo te lanzara al crimen,  
pero aún es tiempo de enmendar tus daños,  
¡que si Dios ofendido  
del pecado maldice los amaños,  
al pecador perdona arrepentido!»

Y despertó David, así diciendo  
la voz oculta por doquier buscando:  
«¿Do estás luz escondida?  
Yo soy, dijo su madre sollozando,  
quien dio ser a tu ser, dos veces vida.

¡Madre mía! ¡Llorad entre mis brazos!  
Perdona, ¡oh Dios! si te ofendí ligero,  
y mira mi mudanza,  
sólo en tu gloria mi ventura espero:  
¡¡aún tiene el corazón una esperanza!!

## XIX

De una selva en la espesura  
forma un dosel su enramada,  
do solo a una fuente pura  
y del aire a la frescura  
deja su ramaje entrada.

Y su sombra no importuna  
del mando lumbre ninguna;  
ni los destellos del sol,  
ni los rayos de la luna  
ni del alba el arbol.

El vulgo supersticioso  
de la comarca habitante,  
contempla en aquel reposo  
el albergue misterioso  
de un espíritu anhelante.

Y allá en la noche callada  
el tierno infante se asombra  
junto a su madre adorada,  
que le repite alterada:  
¿Te acuerdas hijo? ¡su sombra!

Cruzaban años tras años,  
y más tiempo pasaría  
sin aclarar los engaños  
que pueblan su fantasía  
de pensamientos extraños;

A no haber un caminante  
que por la selva cruzara  
llegando al albergue errante,  
y así del vulgo ignorante  
el misterio disfrazara.

«En el pabellón entré,  
un viejo me recibió,  
su tranquilidad turbé,  
de esta manera le hablé,  
cual sigue me respondió:

¿Qué hacéis? Llorando tormentos.  
¿Por qué regáis esas flores?  
¿Flores?... ¡son mis pensamientos!  
¡Tan sólo!... sin alimentos...  
Me acompañan mis dolores.

Antes regaban mis ojos  
esas flores adoradas,  
los secaron mis enojos...  
¡Y aún dirán perlas amadas  
que sois del alma despojos!

¿Y por qué con tanto afán  
cuidáis esos pensamientos?  
Es... porque debajo están  
otros que me matarán

si reparo en sus acentos.»

Y aquellas flores desvía.  
«¡Ved! ¡Esa losa cruel  
sepulta a la madre mía,  
junto a ella el placer de un día!...  
¡Sólo tu nombre Isabel!

¡Mirad si tuve razón!  
Dejadme con mis tormentos  
a que riegue el corazón  
esas tumbas, porque son  
flores de mis pensamientos.

Por piedad, no os marchitéis  
hermosas flores queridas,  
y al dolor me abandonéis,  
y contando me dejéis  
mis tristes HORAS PERDIDAS.

XX

¡Horas perdidas! ¡Os pasé gimiendo!  
¡Algo te queda corazón que lloras!  
¡Ay! ¡quién no puede su dolor sintiendo  
gemir cantando sus perdidas horas!

¡Ay del día en que caigan  
del tiempo a los rigores  
las encantadas flores  
que teje la ilusión,

y sus guirnaldas bellas  
los desengaños sequen,  
y en cadenas se truequen  
del triste corazón!

Por eso en tanto que la vida avanza  
sigue esas flores corazón regando;  
¡si brota de esas flores la esperanza  
mientras os guarde gemiré cantando!

Luego veré secos  
al llanto mis ojos,



del mal los enojos  
callará mi voz;  
y serán mis sueños  
de venganza fiera,  
que de esta manera  
me hablará el dolor:

EL RENCOR. LA VIDA.

¿Quién eres? ¿Dónde vas? Yo soy la vida.  
¿Y qué fiero pesar causó tu daño?  
¿Por qué riegas con llanto la partida,  
que alienta tu dolor? ¡Un desengaño!

Fui buscando la dicha lisonjera,  
pero al tocar a su dintel florido  
del desengaño vil la mano fiera  
traidoramente sin piedad me ha herido.

Ya no me queda ni placer ni gloria,  
brota del pecho manantial fecundo,  
que ni un recuerdo halaga mi memoria  
en cuanto abraza el anchuroso mundo.

¡Mientes! yo puedo si gozar anhelas  
trocar tu pesadumbre en alegría,  
si a las regiones de mi espacio vuelas  
parto contigo la ventura mía!

Tan sólo yo de cuanto el orbe encierra  
puede darte placer, cumple mi ruego;  
yo lanzo al hombre en iracunda guerra  
y al mundo abraso con devorante fuego.

De Satanás mantengo las regiones,  
mi hálito son los recios huracanes,  
hijo del tiempo, arraso las naciones;  
eterna llama, enciendo los volcanes.

Del extendido mar en la corriente  
sepulto sin cesar glorias sin cuento;  
todo se humilla a mi valor potente,  
Es la venganza sople de mi aliento.

La pena amarga me sirvió de cuna,  
¿no hay dicha para ti, no hay esperanza?

¡Sólo te brindan a gozar alguna  
unidos el rencor y la venganza!»

¡Al rugir de mis bravos aquilones  
tragué a Abirón, a Coré, y a Datán!  
Al señor arrastré de mil naciones  
sirviéndole de estribo a Tamorlán!

La luz en las tinieblas espirando  
alumbrará del orbe la agonía,  
y saldrán de su cauce rebramando  
¡las recias olas de la mar bravía!

Los altos montes, la empinada sierra  
cuya cresta no más huellan los vientos  
rodarán hasta hundirse por la tierra  
del mundo a los recónditos cimientos.

Y yo entre tanto de placer henchido  
sobre las ruinas me alzaré triunfante,  
y por los vientos se izará extendido  
cubriendo el orbe mi pendón flotante.

¡Sigue mi ruego, si gozar anhelas  
trocaré tu dolor en alegría,  
si a la región de la venganza vuelas  
parto contigo la ventura mía!

¡Bien! ¡pues el mundo me robó el contento,  
y luz ninguna de placer me alcanza,  
si tras la dicha voy desde que aliento  
la dicha iré a buscar en la venganza!

Y el alma envejecida,  
de sus floridos años  
los fieros desengaños  
venga sin compasión,  
y de rencor henchida  
si algún suspiro lanza  
son ecos de venganza  
sus ayes de dolor.

¡Ay! ¡quién sus glorias a probar comienza  
y ya la vida le parece amarga!  
¡Que de la vida los umbrales toca,  
y ya la vida le parece larga!

¡Horas perdidas! ¡os pasé gimiendo!  
¡Algo te queda corazón si lloras!  
¡Ay! ¡quién no puede su dolor sintiendo  
gemir cantando sus PERDIDAS HORAS!